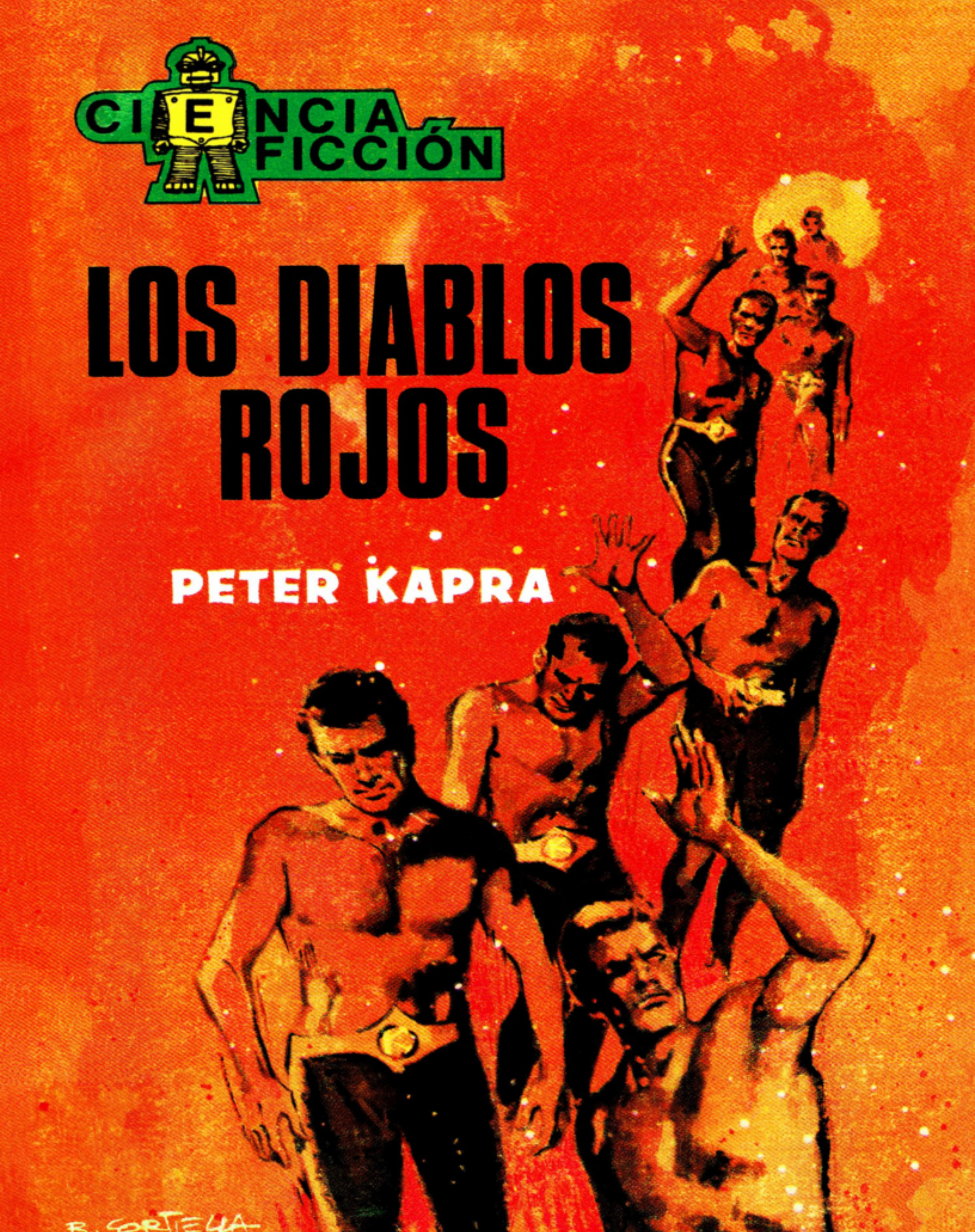
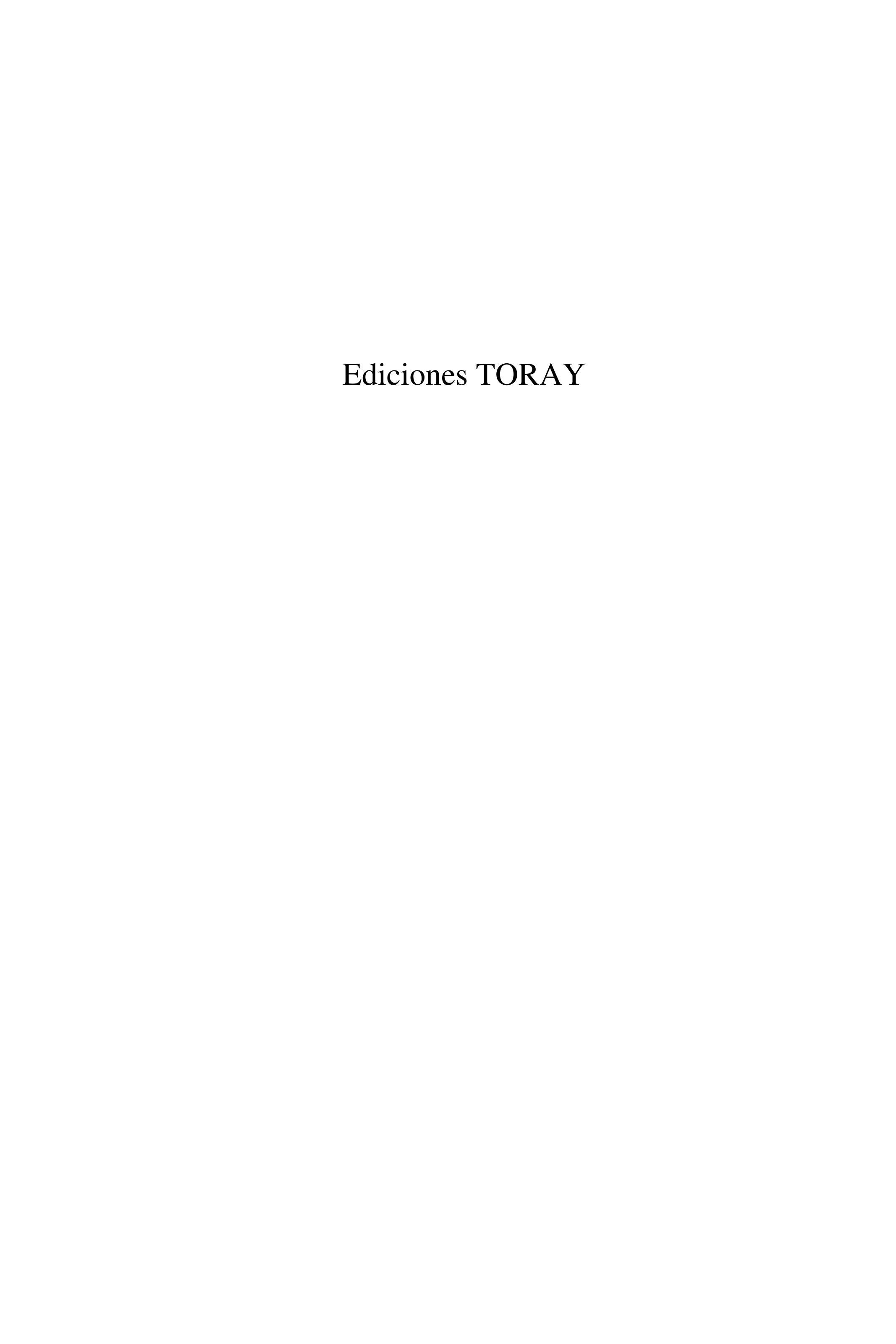

CIENCIA FICCIÓN
LOS DIABLOS ROJOS
PETER KAPRA
R. CORTIELLA

# LOS DIABLOS ROJOS

PETER KAPRA

LOS DIABLOS ROJOS



Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

Depósito Legal: B. 34.129-1968

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 29 - Barcelona

*La tierra se ofrece llena de*
*heridas cicatrizadas...*
*La luz, maciza, sepulta*
*pueblos en la arena parda...*
*—Thamar, bórrame los ojos*
*con tu fija madrugada.*

(«Thamar y Amnón»,
F. García Lorca)

## Capítulo primero

Makko llevaba nueve siglos intentando conquistar «Zana-3», enviando naves como galgos del cosmos, que surcaban el vacío estelar, morada del átomo ingrávido, para rastrear el planeta azul, cuyo enigma era tan maravilloso como los seres que lo poblaban, ¡seres que nacían de madre para beber en las ubres el néctar vital e irse convirtiendo en hombres!

Makko estaba maravillado de los informes prodigiosos que llegaban de «Zana-3», donde sus escuadras solían perderse, atrapados en los abismos líquidos, sepultados en las grutas o diezmados por extrañas enfermedades de las que ni siquiera los sabios de «Zana-3» conocían su origen.

Era un mundo pavoroso y horrible, a la vez que maravilloso y fascinante, al que Makko había dedicado sus más complicados circuitos analíticos, para estudiar su completa morfología cosmobiologica.

Al principio, según informes milenarios, «Zana-3» había sido un planeta desierto, convulso, estremecedor y sórdido, donde la existencia era precaria e inestable. La naturaleza era entonces despiadada allí, más de lo que había sido en otros mundos, y aún conservaba arrestos de furia para destruir, aniquilar y diezmar, como si, convertido en mítico gigante, quisiera sacudir de su lomo al intruso atrevido que osó instalar allí su morada.

Siglos más tarde, la furia del monstruo encadenado a las entrañas de «Zana-3» se fue aplacando, dominada por el ingente peso del suelo frío, cuyas entrañas pretendía horadar el magma líquido e incandescente, y de vez en cuanto convertía en volcán, hasta formarse zonas de reposo en las que se afincó el Hijo del Sol.

Makko admiraba al hombre e intentó imitarlo. Disponía de gigantescos laboratorios químicos, donde sus agentes mezclaron los estéreos de la materia con los ácidos nucleicos, logrando «cosas» que nunca parecieron hombres.

Makko envió escuadras a «Zana-3» y le proporcionaron muestras vivas para someterlas a estudio. Había niños de ambos sexos, adultos y ancianos. Pero todos murieron y la desesperación de Makko fue en aumento. Era imposible. Analizaba, uno por uno, los elementos del hombre y conocía sus fórmulas. Computaba y estudiaba, llegando a resultados positivos. Pero era incapaz de reproducir al morador de «Zana-3».

Posteriormente, Makko decidió la conquista de aquel mundo irresistible y resistente. Y también fracasó. Eligió varios centenares de seres auténticos, y, mientras dormían, se «introdujo» en sus mentes en reposo, sopló instrucciones de conquista, facilitándoles medios extraordinarios para conseguir poder.

¡Otro fracaso increíble!

Aquellos hombres se aprovecharon del poder adquirido por medios metafísicos para obtener riqueza propia, convertirse en potentados y saciar sus primitivos instintos, hasta que la ira de Makko, cansado de ordenarles lo que ellos interpretaban como «pesadillas», terminó por eliminarlos.

Makko se dijo que «Zana-3» era inconquistable. A sus seres no los sometería jamás, a menos que los eliminase a todos y pusiera en su lugar agentes robóticos. En tal caso, temía Makko, «Zana-3» dejaría de ser lo que era, fascinante y maravilloso, para convertirse en un mundo inanimado y frío, como era «Kodi-109», o sea la morada de Makko.

No obstante, el Señor de «Kodi-109» continuó insistiendo y ahora contaba con nuevos elementos especiales. De sus numerosos estudios, había obtenido datos y fórmulas importantes. Podía producir alimentos para los seres de «Zana-3», y gracias a ello, podía conservarlos en cámaras oxigenadas, donde logró la reproducción de muchos de ellos, naturales, como es lógico.

Sus escuadras cósmicas fueron a «Zana-3», raptaron varios centenares de hombres y mujeres y los frutos vivientes pasaron a incubadoras artificiales, para que los hijos no pudieran tener contacto alguno con los padres.

Así fue cómo Makko obtuvo seres humanos fieles a sus designios y mandatos. Seres auténticos, a los que vio crecer aislados de sus progenitores, a los que formó su propia conciencia y a los que educó adecuadamente, para los fines que pretendía de ellos.

Cuando dispuso de un centenar de ellos, varones y hembras, sabiamente preparados, Makko los reunió en una sala, habilitada al efecto, y allí, por vez primera compareció, ante ellos.

* * *

Jong era uno de los cien humanos educados por Makko y sus robots. Creció alto, fornido, apuesto e inteligente. En otro lugar que no fuese el «albergue» ambiental, en La Tierra, naturalmente, Jong habría llamado la atención, puesto que sus semejantes —¡él lo sabía instintivamente!— admiraban la belleza natural.

En torno a Jong había hambres y mujeres, cincuenta parejas seleccionadas. Todos vestían aquellas ropas holgadas, blancas y extrañas, que diferían notablemente de las que sus semejantes llevaban allá en su planeta de origen paterno.

Jong y todos sus compañeros habían nacido en «Kodi-109», pero sus padres fueron sacados de La Tierra, a la cual debían volver ellos ahora, a cumplir las órdenes de Makko.

Entraron en la sala. Los robots estaban allí, silenciosos e inmóviles, según era su condición mecánica. Habían recibido el influjo eléctrico de la orden y la cumplían, porque eran incapaces de hacer otra cosa, a diferencia de Jong.

Zhara se sentó junto a él, y le sonrió, musitando:

—Al fin vamos a conocer a Makko. ¿Es un robot también?

Él se volvió a la joven, mirándola una vez más y sintiendo aquella anómala sensación de deseo que tanto le obsesionaba últimamente, y la que el robot «Klep» había definido como instinto natural reprimible.

Zhara tenía la nariz ligeramente levantada. Sus ojos eran grandes, luminosos, claros, como provistos de luz interior. Todo su rostro era

fascinante, desde sus labios jugosos y frescos, su frente, sus pómulos y su barbilla. Además, era casi tan alta como Jong, grácil e inteligente.

—Makko es un ser distinto a nosotros, Zhara. Pero se nos presentará igual que tú y que yo.

— ¿Puede cambiar de cuerpo?

—Se adapta exteriormente, gracias a un dominio perfecto de todas sus células.

Jong se había informado acerca de Makko, debido a esa curiosidad tan innata en él que le obligaba a preguntarlo todo, hasta comprender causas y efectos de todo cuanto le rodeaba, por lo que recibió el nombre de Jong el Inquisidor.

Y, efectivamente, Makko se había preparado un aspecto externo semejante al de todos sus agentes humanos. Apareció en la tribuna moviéndose como lo hacían ellos, vestido como ellos y sonriendo con los labios entreabiertos. Makko no podía, en aquel instante, mostrarse de otro modo.

Se sentó detrás de la mesa, sobre la que había un globo terráqueo, y miró detenidamente a todos los reunidos ante él.

Un silencio ominoso reinaba en la sala subterránea. Los robots se aliñaban junto a los muros radiantes. En sus asientos flexibles, los jóvenes estiraban los cuellos para examinar con más detenimiento al Jefe.

—Hijos míos —empezó diciendo Makko en lengua universal terrestre, como hablaban todos los allí presentes—, deseo que veáis en mí al padre, al hermano y al amigo. Todos sabéis quién soy y cuál es mi destino. El vuestro os lo voy a explicar yo rápidamente.

»Hace siglos que mis sirvientes han intentado ocupar un mundo habitado por seres naturales. Se trata del planeta de vuestros padres. Envié allá a mis hombres máquinas y fracasaron. No se adaptaban al aire ni al agua, sufriendo alteraciones apreciables en sus mecanismos.

»Intenté también captarme la voluntad de algunos habitantes, dotándolos de un poder distinto al de sus semejantes. Ellos desobedecieron mi mandato y emplearon mi poder en beneficio propio. Llegué a pensar en aniquilarlos y destruirlos a todos, más rechacé esa idea porque de nada me habría de servir un mundo despoblado.

»Yo pretendo dominar la voluntad de todos vuestros semejantes y, después de muchos siglos de estudios, basándome en los informes recibidos de mis agentes y en interrogatorios hechos a los seres capturados y traídos aquí, he llegado a la conclusión que solo existe un medio para someter a los terrígenos. Ese medio es el que vais a emplear vosotros, con mi ayuda.

»Vosotros habéis nacido aquí, pero sois descendientes de terrígenos. Sois, pues, como ellos. Os alimentáis y vivís como ellos. No aprecio en vosotros más que una ligera coloración rojiza en la piel, apenas apreciable, que es debida al ambiente en que os habéis visto obligados a vivir. Confío que cuando regreséis a La Tierra, a cumplir mis órdenes, esa imperfección desaparezca del todo y os podáis confundir perfectamente con vuestros

semejantes.

»Se os ha enseñado todo lo que necesita un terrígena para vivir en su mundo. Vuestras edades oscilan entre los veinte y los veinticinco años. Sois, pues, hombres y mujeres jóvenes y excepcionales, que podéis cumplir perfectamente mis órdenes, porque el ambiente no os será hostil.

»Pues bien. Deseo que ocupéis, en el transcurso de veinte años, los puestos clave e importantes de la administración política de La Tierra. Os instalaréis en las megápolis más importantes y elegiréis los cargos de mayor responsabilidad, hasta despojar de ellos a los actuales dirigentes.

»Veinte años es un tiempo suficiente para ocupar los más altos puestos de gobierno, con astucia y poder, medios económicos ilimitados e inteligencia. ¿Me habéis entendido bien? ¡He dicho los más altos puestos, o sea que, por encima de vosotros, no puede haber nadie!

»Iréis por parejas, viviréis juntos siempre, como hacen los seres adultos de La Tierra y hasta podréis tener descendientes, pero vuestros hijos no estarán en mi secreto, como lo estáis vosotros. Ellos serán auténticos terrestres y deberéis educarlos de acuerdo con los métodos de La Tierra.

»Cuando hayáis conseguido, por los medios que sean, lo que os he ordenado, avisaréis a la Base Operacional, que se encontrará en el lugar de vuestro aterrizaje. Allí, mis agentes mecánicos os darán nuevas instrucciones.

»Está todo preparado y previsto. Incluso he seleccionado las parejas que, por afinidad y según mi criterio, se llevarán mejor. Las órdenes de destino también están cursadas. Sois una pareja para cada una de las cincuenta poblaciones más importantes de La Tierra.

»Vuestra misión es adueñarse de ella. Iréis provistos de un comunicador especial, en forma de anillo de oro. Todos serán igual y eso os permitirá identificaros. Pero pensad en que ese anillo os liga a mí. No intentéis quitároslo jamás, porque, si tal hicierais, moriríais fulminados en el acto.

»Ese anillo se es colocará en el dedo anular de la mano derecha. Es como un sello que, girándolo y encerrándolo en la mano, os permitirá hablar con «Klep»; este será vuestro enlace, en la Base Operacional, y quien os proporcionará todo lo que necesitéis para conseguir vuestros propósitos.

»¿Me habéis entendido todos bien?

— ¡Sííííí! —gritaron cien jóvenes gargantas a un tiempo.

— ¿Alguna pregunta que hacerme?

Jong fue el primero en ponerse en pie, ágilmente.

—Sí, Makko. Se me ha enseñado que en La Tierra existen muchos peldaños en la escala social, y parece que nosotros, sin historia, sin ser conocidos y sin familia, habremos de escalar esos peldaños en el tiempo fijado. ¿Qué ocurrirá si fracasamos?

—Regresaréis a «Kodi-109» para terminar vuestros días en cautiverio. Pero no podéis fracasar.

»A los hombres les cuesta mucho, e incluso a la mayoría le ocurre que no lo consiguen nunca escalar esos peldaños sociales. Se dice que la suerte está

del que triunfa. En vuestro caso no ocurrirá eso. Podréis comprar conciencias, porque no os faltará el dinero. Tendréis todo el que sea necesario.

»Hay cosas que el dinero no logra conseguir. Entonces, emplearéis otros procedimientos y llegaréis a matar, si es preciso, de forma que nadie os pueda descubrir. Yo quiero resultados positivos, aunque sean tajantes los medios a emplear.

»La Tierra ha de estar en vuestro poder antes de veinte años. Y cuando eso sea un hecho, yo iré allá y os daré las últimas instrucciones.

— ¿Qué te propones realizar en La Tierra, Makko? —preguntó un joven llamado Kerre.

—Quiero el dominio absoluto del planeta y sus habitantes, y no para oprimirlos, sino para modificarlos y desterrar de ellos costumbres y creencias, e imponer, de buen o mal grado, mi ley natural.

— ¿No podemos saber qué ley es esa, Makko? —insistió Kerre.

— ¡La que desterrará para siempre el individualismo y hará a todos exactamente iguales, como iguales son todas las razas y especies del universo! ¿Por qué ha de ser el hombre el único ser que se odie a sí mismo, se ataque y se mate, sin razón o con ella? ¿Por qué ha de ser el hombre el único ser que coma sin hambre y beba sin sed? ¿Por qué el hombre ha de ser el único ejemplo inarmónico en el concierto armónico universal, y por qué ha de haber hombres buenos y hombres malos, pudiendo ser todos iguales?

— ¿Te propones anular la voluntad de nuestra raza? —preguntó Zhara.

— ¡Me propongo eliminar vuestro espíritu!

* * *

Jong fue emparejado con Zhara. No podía ser de otra manera; así, ambos colaborarían más satisfechos. La atracción era mutua.

Ambos recibieron un sobre con instrucciones particulares y documentación. Por ejemplo, Jong habría de llamarse Manfred Chidra y Zhara se llamaría Sue Rankin.

El destino de ambos era la megápolis de Nueva York, la urbe más importante de América.

Disponían ambos de una serie de documentos fidedignos, o sea auténticos, a los que únicamente se les había cambiado las fechas, por procedimientos químicos. O sea que, en una población de cincuenta millones de seres, ellos solo tenían una identidad ficticia. Los demás, tenían que procurárselo ellos, cosa que no sería fácil.

Tuvieron tiempo, empero, de estudiar las particularidades que concurrían en Sue Rankin y Manfred Chidra: edad, origen, estudios, lugar donde habían residido, viajes efectuados, etc.

Y con este bagaje de conocimientos, el grupo de «conquistadores» embarcó en una nave lenticular, zarpando hacia La Tierra, a donde llegaron dos meses y medio después, posándose en una pequeña isla del Pacífico, lejos de la civilización, donde les aguardaba un navío de escaso calado que condujo

a unos cuantos hacia Honolulú, en un primer viaje, regresando luego para llevar a otros a Europa.

Zhara y Jong salieron en aquel primer viaje, llegando a las islas Hawai a media noche y desembarcando en pequeños botes. Iban nueve parejas con ellos. Se despidieron todos sobre cubierta.

De aquel modo, pues, empezó la historia de la conquista de Nueva York, por parte de Zhara y Jong, los cuales, sin equipaje y sin más atuendo que algo parecido a prendas de vestir, se detuvieron en la arena de una fina playa, sentándose en la oscuridad.

—Bueno, Sue Rankin —habló Jong—. Ya estamos en La Tierra. Aquí nacieron nuestros padres, aunque no sepamos quiénes son. Tenemos una misión que cumplir y llevamos varios cientos de miles de dólares en piedras preciosas.

»Sabemos que hay hoteles y lugares para alojarse, porque todos habitan bajo techo.

—No me importaría nada vivir aquí, bajo las estrellas —respondió Zhara —. Nadie nos observa ahora. Somos terrestres y hemos de tener los mismos hábitos que nuestros semejantes.

—No olvides que ellos no son tan rojos como nosotros... ¡Chist! Alguien viene.

Efectivamente, entre las palmeras, la brisa arrastró hacia ellos rumor de voces. Se oía a una mujer y a un hombre. Zhara se tendió en la arena y Jong se puso en pie. De su bolsillo extrajo una placa rectangular, no mayor que una pitillera. Al presionar un lado, el aire se vio agitado por un débil zumbido.

Hecho esto, Jong se acercó a donde una pareja de novios habían quedado inmovilizados, como si el zumbido les hubiese convertido en estatuas.

Jong pudo acercarse a ellos y tocarlos. Incluso registró sus bolsillos, encontrando algunas monedas y objetos personales. Luego, empezó a quitarles las ropas.

De la mujer se encargó Zhara, que se reunió con él.

Los dos agentes extraterrestres pronto se encontraron vestidos con las prendas de los otros y las suyas propias. Jong empujó entonces a la pareja al suelo, colocándolos muy juntos. Cuando despertaran, posiblemente no recordarían nada.

Ellos, por su parte, se apresuraron a marcharse, sabiendo que a los pocos minutos se despertarían los asaltados y podrían armar escándalo.

Ya ataviados con prendas de origen terrestre, Jong y Zhara pudieron dirigirse al interior de la ciudad. También habían conseguido unos cuantos dólares y pronto podrían obtener más. Lo importante, de momento, era alojarse en un hotel y eludir las patrullas nocturnas, que podían ser peligrosas. No debían confiar mucho en los documentos que llevaban encima. Los informes de Makko podían ser imperfectos, como ya estaban advertidos todos, y no era cuestión de ir empleando en todas partes las placas paralizantes.

Encontraron alojamiento en el Somoa Hotel, donde un empleado medio

dormido les dio la llave de la habitación 43, sin preguntarles siquiera de dónde venían ni a dónde iban.

Sin embargo, aún no había amanecido y ellos estaban durmiendo profundamente, cuando les llamaron a la puerta, avisándoles que debían marcharse.

A disgusto, la pareja obedeció. Después habrían de saber que se alojaron en un hotel de pocas horas. Por fortuna, ya estaba amaneciendo y, dando un paseo, encontraron un restaurante, donde se desayunaron.

A la luz del día pudieron darse cuenta de que, efectivamente, su piel era algo más roja que la de las demás personas que encontraron, aunque, en honor a la verdad, nadie prestó mucha atención a esto. Honolulú era una isla donde mucha gente solía quemarse la piel bajo el sol.

Desayunaron y después, Jong entró en una joyería.

—Quiero vender esta piedra —dijo al empleado que le recibió con una sonrisa, mostrando en la mano un diamante del tamaño de una avellana.

—A ver —musitó el hombre, sacando una lente de un cajón—. ¡Hum! Parece buena. ¿De dónde la ha sacado?

—La compré en Ámsterdam, hace unos años. Ahora necesito dinero y se la puedo vender a buen precio.

— ¿Cuánto quiere por ella? —preguntó el empleado, distraídamente.

—Me conformo con la mitad de lo que me costó.

—No pudo costarle más de diez mil dólares —apuntó el empleado, tirando bajo, a bulto.

—Exactamente, diez mil dólares.

— ¿Y la daría usted por cinco?

—Sí. Necesito dinero.

— ¿Puede venir dentro de una hora?

—Sí.

—No vaya usted a otra joyería, se lo ruego. No tengo aquí esa cantidad. Pero el jefe vendrá enseguida.

—De acuerdo —replicó Jong—. Volveré dentro de una hora. Puede quedarse la piedra y analizarla, si lo desea.

Era un buen negocio para la joyería. Y, efectivamente, una hora después, el mismo empleado, sin que apareciera su jefe por ninguna parte, pagaba a Jong cinco mil dólares.

Jong mintió. Fue a otras joyerías y vendió hasta doce piedras, semejantes a la primera, por precios distintos, obteniendo más de setenta mil dólares en efectivo.

Aquel mismo día, ya equipados, con varias maletas cada uno, tomaban Zhara y él un avión para Nueva York, y sus pasajes llevaban los nombres de señor y señora Smith.

Al día siguiente, Jong compraba un lujoso apartamento en Manhattan.

## Capítulo II

—Será una carrea difícil, señor Chidra —dijo Jack Ames, con cierta ironía —. Y, más que difícil, costosa. Acepto su interés político. Un aspirante a Gobernador del Estado ha de tener, más que otra cosa, una profunda y ferviente vocación, la cual, lógicamente, se verá debilitada a los primeros reveses.

—No tendré reveses —declaró Jong, que estaba con los codos apoyados sobre su mesa metálica, ante la ventana de su amplio y magnífico descacho—. Gastaré toda mi fortuna, si es preciso, pero he de ser el hombre más importante de Nueva York.

Jack Ames, de treinta y cinco años, abogado en ejercicio, ambicioso y astuto, no pudo por menos de esbozar una sonrisa, como si Jong fuese para él un chico caprichoso.

— ¿A cuánto asciende su fortuna, señor Chidra? —preguntó.

— ¿Cuánto cree usted que necesito para alcanzar mi propósito?

—Tres o cuatrocientos millones de dólares.

Jong sonrió.

—Dispongo de mil veces más.

La sonrisa se heló en los labios de Jack Ames.

— ¿Cómo ha dicho? —reiteró, como si no pudiera creer lo que había oído.

—Quiero decirle que, por dinero, no ha de preocuparse. ¿Cuánto quiere usted cobrar por sus servicios?

—Escuche, señor Chidra. No estoy bromeando. He venido aquí porque me sobraban unas horas en mi apretado dietario. Suelo realizar todo aquello que me propongo y quizás sea esta la oportunidad de mi vida o esté haciendo el ridículo. En serio. Es usted muy joven para poseer tanto dinero.

Jong atajó al abogado con un gesto y señaló el fonovisor que había sobre la mesa.

—Salga de dudas y abreviemos, abogado Ames. Llame a tres de mis bancos y solicite información sobre mi crédito. Hágalo, se lo ruego. Uno es el Manhattan Bank; el otro es el First National y el tercero es el Chase Excange.

Mencione mi nombre.

Jack Ames volvió hacia él la pantalla del fonovisor y presionó los pulsadores de llamada correspondientes al primero de los bancos mencionados. Una agraciada señorita, sonriente, respondió:

—Por favor, deseo saber el crédito que posee el señor Manfred Chidra.

—Un instante, señor. Verá usted la cifra en la pantalla.

—Gracias Jack Ames.

Casi al instante, al dar la respuesta los circuitos electrónicos, los ojos del abogado habrían de abrirse desmesuradamente, cuando vieron aparecerse una palabra que se daba con poca frecuencia en los medios financieros:

ILIMITADO.

— ¡Oiga! —exclamó Ames, mirando a Jong—. ¿Quiere esto decir que el Manhattan Bank le ha concedido un crédito ilimitado?

—Tengo depositado en ese banco un billón de dólares —dijo Jong, suavemente.

El estupor impidió al abogado articular palabra.

—Posiblemente —siguió diciendo Jong—, a usted le asombrará que un hombre joven, como yo, haya podido amasar tan considerable fortuna. Créame, es la herencia de mi padre. Soy de origen armenio. Benjamín Chidra era uno de los principales accionistas de la «Uranium Company». Al morir mi padre, retiré mi fortuna de la India y la trasladé aquí. Me gusta este país, y me interesa la política.

»Sé que tropezaré con dificultades, porque ni siquiera estoy nacionalizado, aunque tengo un permiso especial de residencia. De todo eso deseo que se encargue usted. Quiero la nacionalidad norteamericana, para mí y para mi esposa.

»Luego, deseo efectuar inversiones, darme a conocer y, al mismo tiempo, ser popular. No tengo inconveniente en superar la cifra más alta de donativos que exista en los centros benéficos y hospitales públicos.

»Quiero también relacionarme con la alta sociedad y celebrar reuniones con banqueros y políticos relevantes. Yo desconozco muchas de las costumbres de este país y necesito asesoramiento.

»Usted puede encargarse de eso. ¿Qué le parece un millón de dólares al año por su trabajo?

Jack Ames creía estar soñando. No podía aceptar tamaña suerte y temía despertar de su sueño de un momento a otro.

—Un millón, cuatro vehículos particulares, residencia en Nueva York y en la Capital Federal, servicio doméstico, avión, yate...

— ¡Pare, por favor, señor Chidra! ¿No se burla usted de mí? —casi gimió Jack Ames.

—No, de ningún modo. Usted mismo redactará su propio contrato. Y le repito que las cantidades no me interesan. Manejará usted una de mis cuentas corrientes, cuyo crédito es de otro billón de dólares. Reclute personal competente, técnicos en contabilidad electrónica, compre fincas.

»Le recibiré todas las mañanas, a las nueve, para despachar los asuntos importantes... ¡Ah, y quiero para usted, como apoderado y administrador mío, el mejor edificio de oficina de la población!

—Sí, sí, señor Chidra.

—Es posible que la prensa empiece a meterse conmigo dentro de poco. Quiero publicidad positiva. Que se redacte una biografía de mi vida hasta la fecha, no me importa que sea falsa. Tiene que servir para los fines que persigo y nadie, ni el más hábil investigador, habrá de refutármela jamás.

»Ocurre que los ídolos han de tener bases muy firmes, ser inatacables. Cuando iniciemos la campaña electoral, en el momento en que usted lo considere oportuno y lo aprueben nuestros técnicos y colaboradores, ninguno de mis adversarios podrá atacarme por parte alguna.

—Supongo que no tendrá usted nada que ocultar, ¿verdad, señor Chidra?

—Y si lo tuviera, ¿qué? —preguntó Jong.

—Bueno, nada. He comprendido... ¡Oh, en este país la esposa de un hombre público ha de ser...! ¿Cómo decirle?

—Le entiendo, abogado Ames. La señora Chidra colmará todos sus deseos. Tendrá ocasión de conocerla esta misma noche. Le invito a cenar en nuestro apartamento.

Jong se levantó y estrechó la mano del hombre que habría de ser su más íntimo colaborador. Un hombre inteligente, ambicioso, capaz, hábil y con medios suficientes para llegar a las más altas cúspides.

* * *

Lo primero que hizo Jack Ames, en cuanto llegó a su despacho, una hora después, fue llamar a Laurie Gray, su resplandeciente secretaria, abrazarla, besarla, ante el sobresalto de ella, que intentó desasirse y librarse de tales muestras de alegría y afecto, y luego exclamar:

— ¿Qué te parece un sueldo de medio millón de dólares al año, Laurie?

Ella se encogió despectivamente de hombros y repuso:

—Conozco a personas que deberían estar en el manicomio. Déjate de bobadas y arréglate, para pagar la renta de esta oficina. El señor Alloway no ha pagado la minuta. Con sus cincuenta dólares ganaríamos otra semana de respiro.

— ¡Medio millón, Laurie! ¡Es serio! Y ya no recibimos más pleitos perdidos. Jack Ames pasa a ser el Consejero Administrativo de Manfred Chidra.

— ¡Eh! ¿Quién es ese?

— ¡El archimillonario más grande que he conocido! ¡En marcha, Laurie; conecta el motor de la apisonadora de mil toneladas que vamos a triturar Nueva York!

—Pero, ¡Jack! ¿Qué te ocurre?

— ¡Contratos, sueldos de fábula, inversiones increíbles, dinero a camiones y créditos ilimitados! ¡Eso no es soñar!

—Creo que estás soñando, Jack. Y me disgusta. Eres un buen abogado, siempre lo has sido, respetable y respetado.

—En serio, Laurie —dijo Jack, quitándose la americana y sentándose detrás de su mesa—. Vamos al trabajo... ¡No hay tiempo que perder! Llama a Winny. Necesito informes de ese Manfred Chidra. Procede de la India. Quiero un historial suyo, el auténtico, sea el que sea, pero sin fallo. Sobre él, crearemos una fábula de las mil y una noche... ¡Ah, de su esposa también! Pero no sé cómo se llama. Averígualo. A mi mecenas que no se le moleste.

»¡En marcha, guapa! ¡Andando!

Jack Ames era un hombre eficiente. Estaba enamorado de su secretaria y pensaba casarse con ella cuando se le presentase la ocasión. Ahora la tenía en la mano y ya procuraría él que no se le escapase.

Empezó primero por hacerse a sí mismo un contrato, discreto, honrado y justo. Al escribir la cantidad, el pulso le tembló. Luego, con mano firme, tecleó la cifra: 1.000.000.

Después empezó a realizar llamadas visofónicas, citando a distintas horas a diferentes personajes, desde simples periodistas hasta compromisarios electorales, pasando por corredores de fincas, vendedores de vehículos, agencias de colocación, etc.

A la hora del «lunch», Laurie Gray abrió la puerta, exclamando:

—Vamos, jefe. Hay que reponer fuerzas.

—Nada de eso, Laurie. Dile a Roxy que nos envíe caviar del Volga, salmón de Escocia y champán francés.

— ¿Y pan de Alsacia?

— ¿Por qué de Alsacia? —se sorprendió Jack,

— ¿En Alsacia no comen pan? —se mofó ella.

—En serio, Laurie. Puede que no me creas, pero lee este contrato. Cópialo y redáctate otro para ti, con medio millón de dólares... ¡Ah, y en tanto dure esto, olvídate de ese matrimonio de que te hablé aquel domingo en que me diste a beber whisky de tres dólares!

Laure Gray tomó el contrato que le entregó su jefe y empezó a leer. Poco a poco empezaron a bailarle los ojos.

— ¿Cuatro vehículos?... ¿Un avión y un yate?

— ¡Y vamos a comprar el Empire State, Laurie! En vez de ir a tomar el «lunch», entérate cuál es el mejor edificio de la urbe y pide oferta de venta,

—No... ¡no es posible! —musitó Laurie, aún incrédula.

* * *

Los pocos temores que pudieran quedar a Jack Ames y Laurie Gray, se disiparon aquella misma noche, cuando un helicodisco les dejó en la plataforma de aterrizaje del «Splendor Building», en donde vivían el señor y la señora Chidra.

Un criado de librea moderna les recibió y les hizo pasar a una antesala de fascinante decoración, sobre una alfombra persa y de dibujo ultramoderno, en

la que se hundían los pies como en un baño de espuma maravillosa.

Los tapices, cuadros y ornamentos de la antesala eran fabulosos. Mas no pudieron entretenerse mucho en su contemplación, porque al poco apareció Jong, quien vestía una especie de quimono oriental, en negro brillante, lo cual destacaba un tanto la rojiza coloración de su piel.

Laurie fue presentada al magnate. Jong estrechó su mano y la miró a los ojos, intensamente.

—Le felicito, abogado Ames. Tiene usted una maravillosa secretaria.

Laurie enrojeció, bajando los ojos. No esperaba encontrarse con un joven tan apuesto y viril como Jong, porque su jefe y prometido no le había dicho quién era Chidra.

—Me alegra que le guste, señor. Debo participarle que se ha iniciado todo cuanto usted desea.

—No hablemos ahora de trabajo.

—Solo pretendía exigirle una firma, señor Chidra.

—Le dije que mañana, a las nueve.

—No podría dormir esta noche si no firma ese contrato, créame. Se trata del mío.

Jong comprendió y sonrió, palmoteando la espalda de Jack Ames.

—No quiero verle ojeroso mañana. Deme. Lo firmaré ahora mismo.

Jack Ames extrajo el documento del interior de su americana y se lo dio a Jong.

—Deme una pluma —dijo Jong sentándose ante una mesita de sándalo.

—Pero, ¿no lo lee? —se asombró Ames.

— ¡Ah, no! Si no tuviese confianza en usted no le habría otorgado mi pleno apoyo. Lo que deposito en sus manos es solo una parte de mi fortuna. Usted no podría engañarme jamás. Se moriría del susto si lo hiciera.

A Laurie Gray no le gustó aquel gesto de absoluta confianza. Ella estaba habituada a las normas de una vida exigente y desconfiada, en donde un solo dólar tenía importancia. Ver el desprendimiento del hombre que creía Manfred Chidra, casi le repugnó; porque no había admitido jamás que hubiesen seres capaces de tenerlo todo, mientras que millones de otros carecían de lo más imprescindible.

Jong firmó el pie del documento y se lo devolvió a Jack. Luego, tomó a Laurie del brazo.

— ¿No le gusto, señorita?

— ¿Me ha leído el pensamiento?

—No —mintió Jong, sonriendo—. Me ha parecido captar cierta expresión de desdén... Vengan y conocerán a mi esposa. No estoy práctico en la vida social norteamericana. Les ruego que me rectifiquen, si cometo errores.

— ¿Viene usted de Marte, señor Chidra? —preguntó Laurie, con ironía.

—De más lejos —dijo Jong, sabiendo que lo tomarían a broma, como así fue.

Y su gracia natural sirvió para disipar parte de los recelos de Laurie. Por su

parte, Jack Ames se había guardado el contrato, habiendo suspirado hondamente para entrar en una laxitud inimaginable.

En el salón, propiamente dicho, había una preciosa doncella, frente a Zhara, la cual llevaba un rutilante vestido de pedrerías y se adornaba con gemas de incalculable valor. La joven nacida en «Kodi-109» era hermosa de por sí, pero peinada con esmero y vestida con tanto lujo como gracia, estaba resplandeciente.

Al verla, Jack Ames comprendió que Jong no solo llegaría a Gobernador, sino también a Presidente del Consejo Mundial, porque le sobraban prendas y medios para ello. El actual Presidente, doctor Kiensgorf, no poseía ni la décima parte de recursos que el presunto Chidra.

Por su parte, Laurie Gray, al ver a Zhara, quedó maravillada. Si Jong, como hombre, era un apuesto ejemplar, Zhara superaba la comparación tanto en belleza como esbeltez. Pero la secretaria de Arnés no dejó de observar la pigmentación rojiza de la piel de ambos. Y hasta lo remarcó, sin intención:

— ¿No han tomado excesivamente el sol?

—Sí, en efecto —contestó Zhara—. Tanto Man como yo somos excesivamente aficionados a tendemos en el solárium.

— ¿No les molesta?

—Utilizo una crema oriental, cuya composición desconozco —dijo Zhara —. Man también la emplea. Pero habremos de cambiar. Me gustaría estar morena, como usted.

— ¿Por qué no pasamos al bar? La cena estará dentro de unos minutos.

Aceptaron la sugerencia de Jong, quien siguió acompañando a Laurie, mientras un feliz Jack Ames acompañaba a Zhara, henchido de satisfacción por razones obvias.

La cena resultó excelente. La mesa se sirvió con los más exquisitos, platos, dado que Jong había conseguido uno de los mejores cocineros de Nueva York. Se habló de negocios, por lo que Jong no mostró interés, y, por su cauce normal, la conversación se dirigió hacia la política.

—El Gobernador Clifford es un hombre de mucho prestigio —comentó Ames—. Le rodean los mejores colaboradores. Tiene hombres excelentes a su servicio.

— ¿Y esos hombres no dejarían a su amo para servirme a mí, Ames? —preguntó Jong.

—Mi padre me dijo que en este mundo todo tiene precio, señor Chidra. Yo lo intentaré todo por llevarle a usted a la Gobernación. Sin embargo, encuentro una dificultad.

— ¿Cuál? —inquirió Jong.

—La edad de usted. Me parece muy joven.

— ¿A qué edad señala la ley puede ostentar el cargo un americano?

—No indica edad, solo ser mayor de edad. Sin embargo, yo soy partidario de que usted no debería precipitarse. Una buena campaña previa, primero pública y después política, sería lo más acertado. Sugiero a usted que no debe

tener prisa. Y no crea que digo esto por permanecer más tiempo a su servicio, gozando de tan elevado sueldo.

»Lo más importante es hacerse conocido. Y eso, en Nueva York, no será fácil.

—Se me ha ocurrido comprar una de las más grandes cadenas de televisión —comentó Jong—. ¿Qué le parece la idea?

—Sería estupendo, pero peligroso. Los excesos de publicidad pueden perjudicar. Sé de hombres que se han vuelto impopulares. El tener mucho dinero crea enemigos.

—Te dije que necesitabas técnicos, Man —intervino Zhara—. Un Departamento de Opinión es lo más acertado.

— ¡Eso costaría millones! —exclamó Ames—. Ni el Gobierno puede mantener constantemente un departamento así. Hace años se demostró que los antiguos institutos de la opinión pública eran un fracaso. Con las nuevas tendencias actuales, de valorizar las opiniones, habiendo de pagar cada consulta, las encuestas son ruinosas.

—Ya sabe que por dinero no me detengo, Ames. Soy de aquellos hombres que me fijo una meta y a ella dedico todo mi esfuerzo personal y económico.

— ¿Y si fracasa usted?

—No puedo fracasar —replicó Jong, secamente.

—Muchos candidatos han fracasado, después de luchar con ahínco durante años y gastar verdaderas fortunas. Hay imponderables que ni el dinero puede vencer. Me refiero a unas elecciones reñidas.

—Soy de los que no se detienen ante nada ni ante nadie —declaró Jong.

En su acento, Laurie captó una determinación tan firme que la sobrecogió. Incluso llegó a comprender que aquel joven de la piel rojiza era capaz de llegar al asesinato político si el caso lo requería.

—Mi esposo no tiene prisa en llegar a la Gobernación —intervino Zhara, sonriendo con exquisita gracia—. Es vehemente, pero joven. No le importa perder veinte años, si llega el caso.

Jack Ames suspiró aliviado. Había llegado a temer, por un momento, que el contrato suscrito por Manfred Chidra fuese algo así como la cesión de su alma al diablo. Las palabras de Zhara disiparon esta desagradable impresión.

La cena fue exquisita. Luego salieron a una paradisíaca terraza a tomar los tónicos cordiales. Laurie Gray departió amablemente con Jong, preguntándole por su vida en la India, antes de trasladarse a Nueva York.

Y las ambiguas respuestas que obtuvo dejaron un tanto perpleja a Laurie, quien había encargado aquel mismo día un historial de los Chidra a un detective privado de la ciudad, muy activo, llamado Winny Leox, el cual ya habría cursado telegramas pidiendo referencias del hombre que se proponía sacudir Nueva York.

—Deportes, universidades... Esa ha sido mi vida. Me ahogaba en Calcuta, señorita Gray. Y me fascinaba Nueva York. Yo no soy de los que se conforman con pasar inadvertidos. Quiero un nombre en la historia. Mi padre

ya lo deseaba y no lo consiguió. Él me inculcó el deseo.

— ¿Qué religión profesa usted?

—Budista, pero no soy creyente.

—Sería más provechoso si fuese usted católico. El pueblo norteamericano, en su mayoría, es cristiano. El catolicismo impera.

—Me haré bautizar, si lo estiman conveniente. Eso no es problema. Quiero llegar a ser un buen gobernador.

Era tarde cuando Jack Ames y Laurie se despidieron, dejando solos a Jong y Zhara.

—Hay que hacer algo para desprenderse de esta coloración rojiza, Zhara. Llevamos seis meses aquí y parece que va en aumento, en vez de disminuir —declaró Jong, muy serio—. ¿Qué podemos hacer?

—Si recurrimos a un especialista de la piel, podría descubrir algo. Soy partidaria de emplear tintes y dedicar algún tiempo a embadurnarse.

—Será mejor avisar a Makko. Este pigmento dérmico podría ser nuestra ruina. Me pondré en contacto con la Base Operacional y hablaré con «Klep». Él avisará a Makko. Por lo demás, creo que Jack Ames puede sernos muy útil.

—Su secretaria es muy guapa, Jong. Y no cesaba de mirarte —observó Zhara, inexpresivamente.

## Capítulo III

El Gobernador Clifford fue asesinado una mañana, al salir de la antigua catedral de San Patricio, al serle lanzada una pequeña bomba atómica desde un helicotaxi que se dio a la fuga. El automóvil oficial quedó desmaterializado y el gobernador, junto con su escolta y numerosas personas que lo aclamaban, murieron a consecuencias de la terrorífica explosión.

Instantes después, la noticia saltaba a los medios informativos del mundo entero, con más estruendo que la propia explosión magnicida.

«¡El Gobernador de Nueva York, asesinado!» «¡Le fue lanzada una bomba

atómica de pequeñas proporciones, que ha causado más de ochenta muertos entre su séquito y público que le aclamaba!» «Toda la policía del estado ha sido movilizada»

Sentado en una butaca de su suntuoso despacho, Jong contemplaba la pantalla polícrima de la televisión en relieve, donde los informadores daban cuenta del siniestro suceso, con voz trémula y nerviosa.

—Se sabe que la bomba fue arrojada desde un helicotaxi que evolucionaba sobre la catedral desde poco antes de la salida del gobernador. La policía está procediendo a interrogar a miles de personas, confiándose que de un momento a otro tenga alguna pista del asesino o los asesinos.

»La noticia que conmueve hoy a todo el mundo está siendo comentada por las cadenas informativas de los cinco continente. Sabemos, por ejemplo, que el Presidente del Consejo Mundial, doctor Kiensgorf, ha enviado desde Dinamarca, un grupo de especialistas en criminología política, para que intenten esclarecer los hechos. Estamos seguros de que el crimen no quedará impune.

»El Jefe del Departamento de Policía, coronel Henry Mayer, ha declarado que el asesinato puede estar instigado por alguno de los fuertes grupos de presión, como el del acero, a los que durante la última huelga el gobernador Clifford obligó a ceder en sus exigencias. Como recordarán nuestros televidentes, el sindicato del acero exigía un aumento de nueve dólares semanales, mientras que la asociación de Empresarios solo quería conceder dos dólares.

»Fue nuestro llorado Gobernador quien exigió que la demanda del Sindicato fuese aceptada...

Jong dejó de prestar atención a la pantalla, al abrirse la puerta y aparecer Zhara, que venía con el ceño fruncido.

Tanto la piel de uno como de la otra ofrecía ahora un aspecto menos rojiza y más morena, debido a un tinte especial recibido de la isla de Tagú, donde se encontraba la Base Operacional.

Desaparecida la coloración rojiza, ambos parecían más humanos.

— ¿Qué ocurre, Jong? —preguntó Zhara.

—Pagué ciento cincuenta mil dólares y nos hemos quedado sin gobernador. Tenía curiosidad por saber qué iba a ocurrir.

— ¿Eso has hecho? ¿Por qué no me has consultado?

—Preferí no hacerlo —replicó Jong, festivo—. Sé que, en estos negocios, cuantas más personas intervengan, peor. Te repito que fue simple curiosidad; aparte de que le había tomado ojeriza a Clifford por no invitarnos a la fiesta de su aniversario.

— ¡Eso puede crearnos problemas, Jong!

—Tal vez. Ejercitaré mis defensas. He establecido una verdadera cadena de complicidad, que puedo cortar por donde se me antoje, depende de los acontecimientos.

—La policía puede trabajar aprisa, encontrar una pista y bloquearte antes

de que puedas darte cuenta.

Jong sonrió.

—No. Es cosa de Max. Admito que es un eficiente doméstico. Le he enviado a Europa. Hasta que le relacionen con el instigador, pasará tiempo. Tiene amigos en muchos lugares. Necesitaba un hombre como Max que trabaje desvinculado con Jack.

»No es fácil conseguir un puesto destacado en este estado, ya me he dado cuenta. Hay una capa social impenetrable, que ni siquiera los millones pueden abrir.

»Ahora, los miembros del partido de Clifford habrán de forcejear y pugnar por cubrir la baja.

»Quizás, de la pugna y el forcejeo, surja un hueco para un mecenas que, en las próximas elecciones, puede dar la batalla.

»Ames sabrá aprovechar esa oportunidad que le brindo.

—No soy partidaria de la violencia, Jong. Con el dinero que tenemos es posible hacer algo. Kerre lo está consiguiendo en Centro Oeste y Argh en California.

— ¡Aquellas son otras latitudes! —exclamó Jong—. Existe más corrupción y menos dinero. Aquí está la élite nacional. Makko eligió deliberadamente Nueva York para nosotros, de acuerdo con nuestras aptitudes. Sabía que encontraríamos serias dificultades.

»Además, debo advertirte que estamos creando un desequilibrio económico, del cual se dan ya cuenta las autoridades fiscales. Jack me ha anunciado la visita de un funcionario del tesoro, que indaga sobre el origen de nuestra fortuna. Parece que hemos volcado demasiado el arca.

—El Banco de Calcuta no nos dejará en mal lugar —declaró Zhara.

—No, cierto. Y justificará hasta el último centavo. Pero hay organismos a los que afecta fuertemente el súbito enriquecimiento de los bancos en los que hemos abierto cuentas de crédito. Y la competencia también es peligrosa, si se crea rivalidad.

»Ahora, lo importante es que la Gobernación ha quedado vacante. El secretario Bryan ocupará el cargo provisionalmente y el partido demócrata habrá de nombrar nuevo gobernador antes de seis meses. No sé si sabrás que estoy afiliado a ese partido y voy a patrocinar a Rowlings. Con mi ayuda, ganará y pasaré a formar parte de la élite política más importante. Seremos invitados a todos los grandes acontecimientos.

Zhara tenía sus dudas. Pero besó a Jong y se retiró. En su extraña alma de mujer, empezaba a contar el afecto que sentía por su esposo más que la fidelidad que debían a Makko, el Jefe.

* * *

—El señor MacGreggor, del Departamento del Tesoro —habló Jack Ames, presentando al hombre que le acompañaba, provisto de una cartera metálica —. Mi superior, el señor Manfred Chidra.

—Mucho gusto —replicó Jong, estrechando la mano del funcionario por encima de la mesa, a la vez que presionaba el pulsador de los asientos invisibles, para sus visitantes.

—El gusto es mío, señor Chidra —replicó MacGreggor—. Lamento molestarle, pero hemos observado ciertas anomalías en el incremento de sus cuentas bancarias que no encontramos justificación. Parece ser usted el hombre más rico de Nueva York.

—Eso me halaga, señor MacGreggor —replicó Jong, sonriente—. Supongo que eso no me coloca al margen de la ley.

—No, desde luego. Pero a nosotros nos pone en una postura incómoda. Según los tratados internacionales, usted es libre de retirar su dinero del país que quiera y trasladarlo al que se le antoje. Sin embargo, la legislatura no tuvo en cuenta cantidades que nuestro departamento califica de exorbitantes.

—Lo deploro profundamente.

—Yo he sugerido al señor MacGreggor que podía usted retirar algo de su dinero y devolverlo a la India —objetó Jack Ames.

—Veamos. ¿Estoy aquí ilegalmente?

—No. Pero la suma total del líquido ingresado en distintos bancos locales, sí puede ser considerada ilegal, porque usted ha rebasado, en mucho, la lógica aportación de una transferencia internacional —explicó MacGreggor—. Le hemos sumado un haber de doce billones de dólares.

— ¿Les parece mucho?

—Excesivo. Usted podría arruinar la economía del país.

—No pienso hacerlo —contestó Jong, divertido.

—A nosotros no nos consta eso. Usted puede cambiar de idea el día menos pensado.

—No cambiaré. He fijado mi residencia aquí y me he naturalizado. Mi hijo será neoyorquino, y yo y mi capital estamos al servicio de este estado independiente.

—Es usted muy amable, señor Chidra. Sin embargo, mi departamento está inquieto a causa de usted.

— ¿Cuál es la solución que mejor aceptaría su departamento?

MacGreggor carraspeó y terminó por sugerir:

—Al Subsecretario del Tesoro le agradaría que usted invirtiera un tercio de su fortuna en bonos del estado.

— ¡Vaya, señor MacGreggor; me ha quitado usted las palabras de la boca! —exclamó Jong—. Precisamente, esa era mi intención. Son bonos rentables, seguros y de insignificante impuesto. El estado se afirma y yo hago una buena inversión. De acuerdo, señor MacGreggor. Será un placer colaborar con ustedes.

También respiró aliviado el funcionario. En circunstancias tan revueltas como las actuales, cuando el gobernador del estado acababa de ser asesinado, era un consuelo obtener un apoyo financiero tan importante de un particular.

—Estoy seguro que el estado sabrá agradecerle cumplidamente su

amabilidad, señor Chidra —replicó MacGreggor, satisfechísimo.

—No hablemos más, Ames, encárguese usted de realizar la operación. Y ordene al Banco de Calcuta que retenga allá los envíos. Ni viviendo mil años gastaríamos todo el dinero que tenemos.

—Sí, señor Chidra.

* * *

Errol Rowlings era un viejo político, procedente de la cámara del senado, que desde hacía años pugnaba por conseguir el gobierno del estado.[1]

La visita que le hicieron Jack Ames, en su residencia del High East River, junto con un compromisario neoyorkino, llamado Planck, sirvió para el veterano demócrata intuyera la posibilidad de alcanzar, finalmente, la Casa de la Gobernación, representación máxima dentro del importante estado del Este norteamericano, al que estaba parcialmente supeditado el Gobierno Federal de Washington, que era poco menos que un organismo burocrático al servicio del continente.

— ¡Es su oportunidad, Errol! —exclamó Planck, con entusiasmo.

—Sí, la cifra es importante y tentadora. Pero alguien me enseñó hace años que nadie da nada por nada. ¿Qué quiere el señor Chidra a cambio de su apoyo económico?

Jack Ames acentuó su sonrisa antes de replicar:

—El señor Chidra quiere un puesto en el partido... ¡Al lado de usted!

—Parece poca cosa. Y, si tanto dinero tiene, ¿por qué se conforma con un puesto secundario, eh?

—Manfred Chidra solo tiene veintitrés años. Es joven todavía. Y por otro lado, usted puede sentirse cansado cualquier día. Sus años pesan...

—Comprendo, comprendo. Mi prestigio a cambio de su dinero. Y cuando yo me retire, él ocupará mi puesto, ¿no es así? —puntualizó el senador Rowlings, drásticamente.

—Más o menos —admitió Ames.

—Acepto. Ya había abandonado la idea de llegar a Gobernador. Pero no renuncio jamás. Díganle a Chidra que tendré mucho gusto en pactar con él, que me venga a ver.

—No vendrá, eso es seguro —replicó Ames, vivamente—. Pero podrá usted verle pasado mañana en Island City, la nueva residencia marítima que ha comprado el señor Chidra, y donde da una fiesta importante, a la que ha invitado a prestigiosas personalidades.

—Chidra es un advenedizo. ¿Lo sabe usted, Ames?

—Sí. La élite local intenta ignorarle. Pero seis directores de bancos importantes habrán de acudir, si no quieren irse a pique en pocos días. Ellos arrastrarán otros.

—Le seré sincero, Ames —dijo el viejo senador—. No me importa la tradición. Pertenezco a la aristocracia política del estado, pero vendería mi alma al diablo con tal de conseguir lo que tanto he deseado. Gasté mi fortuna

y la de mis amigos y, una vez tras otra, fui siempre derrotado. Y es que el grupo industrial estuvo siempre frente a mí.

»Ahora, Clifford ha muerto, gracias a Dios, y con el apoyo de ese indio, llegaré a la cumbre. Luego, le abriré camino a él. Dígaselo así.

— ¡Pues cuente usted con nuestro incondicional apoyo, senador! —exclamó el compromisario Planck—. Esta vez le aseguro que llegará usted a Gobernador.

Jack Ames, satisfecho por el acuerdo, estrechó la arrugada mano del viejo estadista, añadiendo:

—Nos haremos cargo, discretamente, de todos sus gastos, senador. Incluso los particulares. ¿Le veré en Island City, verdad?

—Allí estaré. Deseo conocer a ese joven ambicioso.

* * *

Otro hombre, por distintos motivos, también deseaba conocer a Manfred Chidra y a su esposa. Se trataba de un hombre alto, relativamente joven, rubio y de ojos azules y penetrantes, cuyo oficio era la investigación privada.

Semanas atrás, Winny Leox había recibido el en cargo de investigar la vida de Chidra. Fue la secretaria de Jack Ames quien le dio el recado por visófono.

Winny aceptó el encargo y envió un mensaje a un colega suyo de Calcuta. Inmediatamente, recibió la respuesta. Manfred Chidra pertenecía a una de las más prestigiosas familias de Calcuta y seguía un historial notable, en cuanto a bienes de fortuna, prestigio y popularidad.

Sin embargo, en el informe no había ninguna fotografía de Manfred Chidra, que era lo más lógico para realizar una identidad. Y Winny quiso una fotografía de su hombre. La pidió y una semana después la recibía.

Cualquier otro se hubiese quedado satisfecho. Él, agudo observador, no, ¡porque la fotografía que él pidió a Calcuta, estaba hecha en Nueva York!

Con este descubrimiento, Winny fue a ver a Jack Ames, a quien no pudo encontrar en su despacho, por haberse trasladado a un nuevo edificio de Broadway. Winny quedó atónito al llegar allí y ver el nombre de Ames & Co. en la fachada.

Una vez dentro, una serie de recepcionistas, le hicieron perder más de una hora, pasando de despacho en despacho, hasta que, al fin, fue recibido por Laurie Gray, la cual poseía ahora un despacho de ensueño, en donde ni siquiera faltaba un detalle.

Al entrar, Winny exclamó:

— ¿A quién habéis expoliado?

— ¡Hola, Winny! ¿Te gusta?

—Esto es el cielo, guapa... ¡Caramba! ¿Cómo será el despacho de tu jefe? ¿Forrado de platino y piedras preciosas? A esto llamo yo un salto hacia la cúspide. Habré de aumentaros mis minutas.

—Harás bien, Winny. Los que trabajamos para Manfred Chidra hemos conquistado la gloria.

—Sí, sí... No lo dudo. De él quería hablarte, Laurie. El informe que recibí es perfecto. Y, a mi modo de ver, demasiado perfecto. Ni un fallo.

— ¿Qué quieres decir?

—Que mi colega Sihit, de Calcuta, parecía saber lo que íbamos a pedirle. Todo correcto, excepto que Manfred Chidra jamás fue retratado en la India. Y la fotografía que he recibido de él ha sido tomada aquí.

— ¿Y qué importa eso? Te pagamos para crear una historia sobre nuestro jefe. Si hubiese algo malo en él, hay que ocultarlo de suerte que nadie lo averigüe jamás.

—Entiendo —asintió Winny—, no importa que haya sido un asesino.

— ¡Qué tonterías dices, Winny! Manfred Chidra es muy joven para haber cometido algún delito.

— ¿A qué viene, pues, el que esa fotografía vaya a la India y luego vuelva de allá, como realizada en aquel país, cuando está hecha aquí?

—Quizás no tenían ninguna buena a mano y se la pidieron a él personalmente.

—Hay más. Acabas de decirme que quieres algo intachable, ¿verdad?

—Exactamente.

—En ese caso necesito ir personalmente a Calcuta.

—Vas a perder el tiempo. Si quieres, te preparo una entrevista con el señor Chidra.

—No quiero darme importancia, Laurie. Iré a Calcuta, investigaré y taparé los agujeros que encuentre. Ese es mi trabajo. Supongo que no importará el precio.

—En absoluto, Winny. El jefe está preparando su carrera política. Date cuenta de lo que eso significa. No puede tener ni un fallo.

— ¿Y si lo tiene? ¿Le aviso si hay alguna chica desgraciada en su pasado o descubro que su padre hizo de pirata en Malasia?

— ¡Por favor, Winny, eres incorregible!

— ¡Y tú adorable, Laurie! Si el picapleitos de tu jefe se cansa de ti, recuérdame.

—Sigues tan zumbón como siempre. Un día te diré que sí a ver si eres capaz de casarte conmigo.

Sonriendo, Winny Leox abandonó aquel suntuoso despacho.

Una vez en la calle, el detective regresó a su propia oficina, dedicándose a obtener recortes de periódico y fotografías en los que se hablaba o aparecía Manfred Chidra. Especialmente, recortó una policromía extraordinaria, en donde estaban el señor y la señora Chidra, en la fiesta de la Fundación Vernon, de la que eran principales mecenas.

Luego, por visófono, Winny encargó un pasaje superrápido a Calcuta. Aquella misma tarde, el detective emprendía viaje en un «Raiderball» que le trasladó al Estado de Calcuta en dos horas y cuarto.

Allí, Winny inició sus investigaciones particularmente, visitando incluso el registro civil, de donde obtuvo varias fotocopias. Indagó también en los

archivos de la policía. Allí no figuraba Manfred Chidra.

Estuvo después en la Universidad y conversó con varios catedráticos. Uno de ellos recordaba a Manfred Chidra. Winny le mostró una fotografía y el catedrático quedó perplejo:

—No, aquí debe de existir un error. Este no es el Manfred Chidra que yo le hablo.

— ¿Está usted seguro?

—Puedo declararlo ante un tribunal, si es preciso.

—No será necesario. Gracias.

Winny Leox empezaba a confirmar sus sospechas. Se encontraba ante un caso de flagrante suplantación, y obtuvo otros datos que así lo confirmaban. Lo que no pudo averiguar era lo que se había hecho del auténtico Manfred Chidra, puesto que desapareció de Calcuta, aproximadamente por la misma fecha en que apareció el otro en Nueva York.

Empero, obtuvo de un ingeniero, compañero de estudios de Chidra, una fotografía bastante buena del «otro» Manfred Chidra. Winny la adquirió por unos dólares y luego, con todo su material, regresó a Nueva York, llegando la misma noche en que Manfred Chidra daba la fiesta en Island City, el palacio flotante adquirido para ostentar ante la intransigente aristocracia neoyorquina.

Winny quiso ver primero a Jack Ames, pero le dijeron que se encontraba en Island City. Allí también estaba Laurie Gray. Por lo tanto, el detective se vistió de etiqueta y se hizo trasladar allá, en una embarcación rápida.

Al pie de la pasarela del muelle, los sirvientes de Manfred Chidra le atajaron, exigiéndole la invitación.

—Trabajo para el abogado Ames. Es urgente que le vea. Hagan el favor de avisarle.

Así lo hicieron y, poco después, un sirviente acompañó a Winny al interior del palacio flotante, donde veían mesas repletas de todo, diseminadas por los jardines, entre los limpios canales y los árboles. Vio también grupos de músicos y numerosos invitados que admiraban la fastuosa decoración.

Jack Ames le esperaba en una salita-biblioteca. Y con él estaba la fascinante Laurie Gray, que para aquella ocasión había estrenado un llamativo vestido de noche.

—Hola, Winny. ¿A qué viene esta urgencia? Te llamé y me dijeron que estabas en Calcula.

—Sí, de allí vengo. He descubierto algo importante.

— ¿De qué se trata? —inquirió el abogado.

—De tu jefe y anfitrión —replicó Winny—. Tengo pruebas de que ha cometido una suplantación... ¡No es Manfred Chidra!

— ¿No? ¿Y tienes pruebas?

—Sí. Terminantes.

Laurie y Jack se miraron fijamente unos segundos. Luego, él musitó:

—No lo entiendo. Será mejor que hable con Chidra. Eso puede ser ruinoso para todos nosotros. ¿No pretenderás denunciarle, verdad, Winny?

—No. Solo quiero saber la verdad. Sospecho que hay algo turbio detrás de ese amasijo de millones. Y te juro que no actúo por lucro, Jack. No aumentaré ni un centavo mi minuta... Solo quiero tranquilizar mi conciencia.

—De acuerdo. Manfred Chidra nos dirá la verdad.

## Capítulo IV

Jong estaba conversando con el senador Rowlings y fue Zhara la que recibió a Winny Leox y a Jack Ames, sonriendo a ambos con la gracia que la caracterizaba.

—Este es el detective Winny Leox —presentó Jack Ames.

—Mucho gusto, señor Leox. Puedes retirarte, Jack. Yo hablaré con él.

—Sí, como desee la señora... Si me necesita, por favor, llámeme.

Ames se inclinó y salió, cerrando la puerta.

Zhara indicó, entonces, un asiento a Winny, con su sonrisa más amable. Y la verdad era que, pese al mundo recorrido por Winny, se sentía incómodo ante aquella fascinante mujer.

—Por favor, señor Leox. Cuénteme lo que ha averiguado de mi esposo en Calcuta.

—Creo que sería mejor hablar primero con él.

—Man no tiene secretos para mí.

— ¿Seguro, señora? ¿Cree usted conocer a su marido?

—Mejor que a mí misma. Usted parece un hombre inteligente, señor Leox. Jack me ha hablado de una suplantación y temo que Comete usted un gravísimo error.

»Se le exigió que realizara una información privada. Eso es pura rutina.

—Yo no dejo nada al azar, señora Chidra. Las aspiraciones políticas de su esposo pueden llevarle a situaciones delicadas, cuando la prensa del adversario saque a relucir datos obtenidos por ellos. Así lo comprendía yo, e indagué a fondo.

»Mi más importante descubrimiento es que su marido no es Manfred Chidra.

Zhara abrió desmesuradamente los ojos, exclamando:

— ¡Oh, qué tontería! Hace años que conozco a Man.

—Otros hombres le conocieron hace unos años y aseguran que no es él.

— ¡Ah, ya, claro! ¿Ha hablado usted con el doctor Harada? Él le dará la explicación. Hace un año, mi esposo sufrió un accidente de aviación y su rostro quedó muy desfigurado. El doctor Harada, de Tokio, le hizo una operación de cirugía plástica.

Winny Leox había empezado a cambiar de color al escuchar estas palabras.

—Debí suponerlo... ¡Qué torpe he sido! En el informe que me envió Sihit no decía nada de eso.

—Naturalmente. Se llevó muy en secreto. En realidad, cuando Man fue dado de alta, nos venimos a Nueva York, donde nos casamos secretamente.

—De todas formas, he realizado una buena labor. Hay una marcada diferencia entre el Manfred Chidra de antes y el actual. Si no descubro yo esa...

—Usted no tiene por qué decir nada a nadie, señor Leox —declaró Zhara.

—Pero, cuando el señor Cidra inicie su carrera política, alguien puede darse cuenta.

—Mi marido no tiene prisa en alcanzar esos objetivos. No le viene de cinco o diez años. E, indudablemente, en ese tiempo habrá cambiado mucho.

—Sí, es lógico.

—Él inicia ahora sus primeros contactos con las personalidades políticas. Tiene tiempo sobrado para llegar a donde se ha propuesto. Y, como es lógico, hay ciertos aspectos de su vida que no desea que se divulguen. Usted investigará a fondo y nos hará un amplio informe. ¿Me comprende?

—Sí, señora Chidra. Será un honor.

—Bien. No hablemos más. Venga usted conmigo. Le presentaré a mi esposo. ¿Se quedará usted a la fiesta?

—Sería un honor para mí. Pero...

—Nada de disculpas, señor Leox. Es usted un colaborador nuestro y debe estar presente. Venga conmigo. Tomaremos juntos una copa de champán francés.

—Gracias, señora. Es usted muy amable conmigo.

Winny Leox no pudo negarse. Además, Zhara, le turbaba. Era la mujer más exuberante que había conocido en su vida. Su aspecto imponía, sus joyas deslumbraban y su pose y belleza empequeñecían.

Zhara, personalmente, acompañó a Winny por las terrazas, saludando a unos y otros. Tomaron juntos una copa de champaña que les sirvió un criado. Luego, ella se acercó a donde estaban Jong y otros importantes personajes del mundo de los negocios.

Jong saludó brevemente a Winny y escuchó lo que Zhara le dijo al oído. Él asintió, saludó de nuevo a Winny y sonrió:

— ¿Le confundió mi cara, eh?

—Tranquilícese. Puede comprobar mis huellas dactilares y mi caligrafía, señor Leox. Soy el mismo. Si desea seguir investigando, vaya a ver a mi abogado en Calcuta. Jack Ames le dará su dirección.

—Su esposa me ha encargado que continúe.

—Mi abogado le ahorrará trabajo.

—Iré a verle. Es conveniente que ni yo ni nadie encontremos nada en contra suya. Así estableceremos su auténtica biografía, a la que podemos adornar un poco con hechos meritorios.

—Sí, efectivamente. Hágalo así, Leox.

Sin embargo, tres días más tarde, trabajando en su despacho, Winny Leox sufrió un ataque cardíaco súbito y fatal; cuando acudió el médico, ya no pudo hacer nada por él.

La autopsia reveló una lesión cardiovascular, al parecer de origen hereditario. La defunción se certificó como natural y se procedió a incinerar sus restos, según era costumbre.

Pero la verdad era que Winny había muerto asesinado.

* * *

El viejo senador Rowlings ganó la candidatura a Gobernador del Estado de Nueva York una vez finalizada la campaña preelectoral, que había iniciado con ayuda de Jong.

Inmediatamente debían celebrarse las elecciones estatales, contra los candidatos de los otros partidos. Y allí la lucha solía ser trágica y siniestra en la mayoría de las veces.

En cuanto se supo que era Manfred Chidra el que apoyaba a Rowlings, empezaron las campañas de difamación soterradas, esa «vox populi» que nadie sabe de dónde surge, pero que alza las calumnias más terribles y difamantes de los candidatos.

Por ejemplo, se llegó a decir, y este bulo se extendió extraordinariamente, que Rowlings y sus allegados habían hecho asesinar al gobernador Clifford. Este fue un infundio que habría de causar mucho daño a Rowlings, si no se salía al paso rápidamente con pruebas palpables.

Y Jong no vaciló en facilitar, indirectamente, como era lógico, a un culpable ante la policía, de suerte que las cosas vinieran bien para ellos.

El culpable, un helicotaxista, fue capturado en un pueblo de las cercanías de Nueva York, y sus primeras declaraciones fueron:

—No sé quién me pagó ni quién me entregó la caja que contenía la bomba. Pero estoy seguro de una cosa. ¡El hombre que está detrás del complot se llama Derek Bryan!

¡Y Derek Bryan, el secretario del Gobernador, al tener noticias de esta declaración, sintió como si la tierra temblase bajo sus pies!

Derek Bryan era el Gobernador provisional, hasta que se celebrasen las elecciones. Él mismo removió el cielo y la tierra, obligando al coronel Henry Mayer, jefe del Departamento de Policía, a que hiciera rectificar su declaración al detenido, cosa que no se pudo conseguir. Tampoco fue posible acallar a la prensa y a la televisión, una de cuyas estaciones estaba en manos del grupo de Jong.

El helicotaxista se llamaba Efraim Folder y fue incomunicado enérgicamente. Una pléyade de abogados intentó caer sobre él, buscando notoriedad, y solo se aceptó a un compañero y amigo de Jack Ames.

Desde su suntuosa mansión, en Island City, John y Zhara dirigían las riendas de todo aquel asunto, actuando al margen de Jack Ames, al que no querían comprometer en las cuestiones ilegales de sus actos. Tanto él como

ella eran conscientes de la necesidad de actuar con dureza y sin miramientos, con tal de conseguir sus objetivos básicos.

El adversario extendía bulos y rumores. Ellos presentaban culpables que acusaban directamente ante la prensa, que era la divulgadora de los escándalos políticos.

Efraim Folder confesó haber recibido setenta y cinco mil dólares por su magnicidio, parte de cuyo dinero, aún guardaba secretamente, y cuyo escondrijo reveló a la policía. Naturalmente, no existía ninguna otra prueba contra el secretario Bryan, que la del detenido, a quien se le obligó a decir que estaba mintiendo. Y Folder terminó por denunciar a otro hombre, llamado Chuck Humbert, agente portuario, quien intentó suicidarse en el momento de ser detenido. No lo logró y confirmó, poco después, la declaración de Folder.

—Sí, yo dije a Efraim quién pagaba —admitió Humbert—. A mí me lo comunicó un hombre de confianza de Bryan. No hice más que de intermediario.

¿Cómo diablos había logrado Jong aquellos testigos que se jugaban la vida ante la justicia, sabiendo que serían condenados a muerte?

Para él resultaba sencillo. Eligió a los dos hombres al azar. Uno por ser taxista aéreo y el otro porque frecuentaba el mismo club que el taxista. Esta relación supo aprovecharla bien Jong en una de sus salidas nocturnas, sorprendiendo a los dos hombres charlando en una escalera detenida del subterráneo.

Allí, Jong accionó su palanca paralizadora y dejó rígidos a los dos hombres. Luego, se acercó a ellos y les habló al oído, mientras sostenía un pequeño disco que despedía apagados destellos, sobre sus cabezas.

Les dio instrucciones mentales que los dos hombres comprendieron. Y a Efraim le entregó el dinero que debía ocultar. A Chuck Humbert le dijo que era necesario intentar, al menos, el suicidio, cuando estuviese a punto de ser detenido.

Luego, se fue y dejó a los dos hombres en la misma posición que estaban cuando los sorprendió. Poco después, ambos se recobraron y continuaron hablando de sus asuntos como si nada hubiese ocurrido. Ni siquiera se apercibieron de haber permanecido cinco minutos en «blanco».

Se despidieron y cada uno de ellos se fue a su domicilio.

Aquella noche, mientras dormían, las «instrucciones» de Jong volvieron a repetirse en sus mentes dormidas. Y entonces empezó a quedar constancia «real» de haber existido el asesinato político.

Efraim, al levantarse, ocultó el dinero en una caja vieja y se fue a una localidad próxima, donde fue detenido por la policía pocos días después.

De sus declaraciones se sacó la sospecha de que el secretario Bryan era el verdadero culpable.

* * *

A medida que iban transcurriendo los días, la figura de Zhara empezaba a

perder esbeltez. Llevaba cinco meses encinta y era necesario que la reconociera un tocólogo.

Una noche, mientras descansaban en la oscuridad, ella se quejó de ciertas molestias.

—Jong, temo no tener bien el bebé.

— ¡Vamos, tonta; es prematuro decir eso!

—Debería visitar a un médico.

—Todavía es pronto. Sin embargo, antes debemos advertir a «Klep» de lo que ocurre.

—Soy una mujer normal, según Makko.

—Sí, salvo la pigmentación de la piel, que encubrimos con tintes. Cualquier médico puede encontrar en eso algo irregular. Es conveniente que «Klep» informe a Makko y recibamos instrucciones.

—A las otras parejas puede ocurrirles lo mismo.

—Sí, querida. No debes preocuparte. Tenemos una misión que cumplir que es más importante que nuestro futuro hijo.

— ¡No digas eso nunca, Jong! —exclamó Zhara, nerviosamente—. Para mí no hay nada más importante que mi hijo.

—Si Makko te ordenase deshacerte de él, tendrías que obedecerle.

—No me lo ordenará. Pero si lo hiciera... ¡Ya lo veríamos! Hay cosas que son más importantes que una misma. Un hijo es lo más importante en la vida.

—El destino de la humanidad está en juego, Zhara. No lo olvides. Nosotros colaboramos para que Makko imponga sus leyes universales en La Tierra. La desobediencia la castigará con la vida.

Zhara no replicó, mordiéndose los labios...

Él se durmió al poco, pero ella no pudo dormir en toda la noche, inquieta, como si temiera que algo fuese a robarle el ser que ya sentía en sus entrañas.

A la mañana siguiente, muy temprano, Zhara llamó por visófono a Laurie Gray.

—Deseo que vengas cuanto antes a mi gabinete, Laurie. Quiero hablarte de un asunto personal.

Laurie envió un aviso a la oficina, anunciando su ausencia, y se presentó en Island City. Jong había salido ya para la ciudad, para asistir a una reunión política, y Zhara se encontraba sola con la servidumbre.

Laurie fue conducida al gabinete de Zhara, donde se abrazaron amistosamente. Ambas habían entablado una cordial amistad.

—Estoy preocupada, Laurie.

— ¿Por qué, Sue?

—Se trata del bebé. Necesito un buen doctor.

— ¡Hay miles en la urbe! Eso no debe inquietarte. Si quieres, vendrán una docena antes de media hora.

—No, Laurie. Solo quiero a uno, un especialista que sea de confianza. Es mi primer hijo y... Bueno, tengo mucho miedo.

— ¡Qué tontería! Tú eres una mujer instruida y culta. Me asombra que

sientas ese temor tan extraño.

—A veces pienso que no soy una mujer normal, Laurie —musitó Zhara—. He vivido en un ambiente que no era este, ¿comprendes?

—No. ¿Qué quieres decir?

—No sé cómo explicarte. Salas de aire enrarecido, sin sol natural ni alimentos naturales. Yo estaba estudiando.

—Cada vez lo entiendo menos.

—La... India no es como Nueva York, Laurie —siguió diciendo Zhara—. Yo no sé cómo era exactamente mi madre y si alguien en mi familia padeció antes alguna enfermedad hereditaria.

— ¡Eso se aclara con un reconocimiento completo!

—No, no puede ser. Jamás me dejaré reconocer por un médico... Por un hombre, quiero decir.

—Me resultas extraña, Sue. ¿A qué vienen esos prejuicios? ¿Religión?

—No es eso... ¡Ah, Laurie! Si yo pudiera confiar plenamente en ti...

Zhara se frotó las manos desesperadamente y luego miró a la otra, como suplicante.

—Puedes confiar ciega y plenamente. Jamás te traicionaré, Sue.

—Gracias, Laurie. Pero tengo miedo... ¡Un miedo espantoso a que algo le ocurra a mi hijo!

— ¡Qué tonterías! Ningún recién nacido muere en la actualidad. Incluso los prematuros son atendidos en incubadoras especiales... ¿Y por qué te cuento esto? ¿Acaso no lo sabes tú?

— ¿Y si saliera con algún defecto, debido a la existencia que he llevado allá?

—Ni siquiera en la India mueren niños. Eso era hace siglos, Sue.

—Yo he estado en otro lugar que no era la India —confesó Zhara.

— ¿Dónde? ¿Cuando?

—Eso es lo que no puedo decirte. Pero debes creerme. Si yo supiera que mi bebé iba a nacer defectuoso... ¡Oh, no sé qué haría! ¡Sería capaz de destruirlo todo!

Laurie Gray estaba ahora preocupada.

—Cuéntamelo todo, Sue. Eso te ayudará mucho a disipar tus temores. Te comprenderé, guardaré celosamente tu secreto y el compartirlo conmigo será un gran alivio para ti.

—No, Laurie. De verdad. No puedo decirte nada. Deseo, eso sí, que me busques una doctora, que venga a visitarme. ¿Puedes hacerlo ahora mismo? Quiero que sea comprensiva, humana y cariñosa.

—Descuida, Sue. Te traeré a esa mujer... Pero, después de lo que me has dicho, mi preocupación por ti es grande. Creo que sería mejor que me lo contaras todo.

—No. Es mejor que lo ignores. Anda, ve a buscarme a esa mujer. Te estaré esperando. Man volverá por la tarde y antes de su regreso deseo saber a qué atenerme.

—Está bien. Iré ahora mismo. Antes de media hora estaremos de vuelta.

* * *

—Sue, esta es la doctora Jenny Dewey —presentó Laurie, una hora más tarde, al regresar, acompañada de una mujer bien parecida, elegante y de unos treinta años.

Zhara se levantó, sonrió y tendió la mano a su visitante.

—Te agradecería que nos dejaras solas, Laurie —dijo entonces Zhara, provocando un mohín de disgusto en la secretaria de Jack Ames.

—Puede quedarse —intervino la doctora Dewey.

—Prefiero hablar a solas con usted. Y no es porque no tenga confianza en ella. Aprecio muchísimo a Laurie... Se trata del mismo secreto que no puedo revelarte, Laurie. No estés molesta conmigo.

—Comprendo —dijo Laurie Gray, intentando sonreír—. Bueno. Me voy. Te veré luego.

—Gracias.

Laurie salió y Zhara ofreció un asiento a la doctora Dewey.

—Quiero empezar a expresarle mis temores, pero antes, debe usted prometerme, bajo juramento, que nadie sabrá jamás lo que yo le diga.

La doctora Dewey miró fijamente a Zhara. Luego, dirigió la mirada en derredor, comentando:

—La señorita Gray me ha dicho que es usted muy rica. Supongo que el hecho de haber sido requerida por usted debe de ser un honor para mí. Cuanto mayor sea el secreto que desea guardar, mayor será mi precio.

—No se preocupe por el dinero. Puedo pagarle más dólares de los que usted es capaz de gastar en su vida.

Los ojos claros de Jenny Dewey se entornaron perceptiblemente.

—Mucho me parece eso, señora. Me conformaré con menos. Veamos. ¿Cuál es su problema?

—Voy a tener un hijo y... ¡deseo tenerlo!

—Nada más fácil —replicó Jenny, sonriendo—. Nada más verla a usted, me doy cuenta de que no habrá complicaciones. Es joven, sana, fuerte y me parece bien equilibrada. Echaremos una ojeada al bebé y se tranquilizará usted. ¿Desde cuándo está en estado gestante?

—Hace cinco meses.

—Perfecto. ¿Quiere tenderse en el sillón?

—Un momento. No se lo he explicado todo. Si usted falta a su promesa, no viviría para contarlo.

Jenny Dewey se envaró en su asiento, adquiriendo su expresión una gravedad extrema.

— ¿Qué quiere decir? ¿Para qué me ha hecho venir aquí?

—Para que me reconozca y me atienda. Le pagaré lo que sea. Por ese lado no tendrá queja de mí. Pero ya sabe a qué atenerse.

—No estoy asustada, sino preocupada, y más por usted que por mí, señora

Chidra. Dígame, ¿cuál es el secreto que debo guardar? Terminemos de una vez y cuente, de antemano, con mi lealtad.

Zhara sonrió y extendió la mano hacia Jenny, estrechándosela con calor.

—Me gusta usted. Laurie ha acertado al traerla. Me siento más tranquila.

—Por favor, hable de una vez —exigió Jenny, ya sobre ascuas.

—Pues bien. Mi temor es que mi hijo no sea normal debido a que yo he nacido en un mundo fuera de La Tierra, aunque mis padres eran de aquí. Np soy exactamente normal, porque mi piel es rojiza. Estoy «pintada», por expresarlo así de algún modo, y he tenido que vivir, durante veinte años, en condiciones ambientales distintas a las de aquí... ¡Soy, pues, extraterrestre!

Jenny Dewey no esperaba nada de aquello y quedó tan atónita que no supo qué replicar.

—Mi marido ha vivido en idénticas condiciones. Las razones por las que estamos aquí no hacen al caso. Nuestro secreto es ese. ¿Puede nacer bien mi hijo?

—No veo... por qué no ha de nacer bien... ¡Dios mío! ¡Esto parece imposible! ¿Me dice usted la verdad?

—Sí.

## Capítulo V

Jack Ames tenía un «gym» contiguo a su amplio y extraordinario despacho, con masajistas, preparadores, y todo el equipo necesario para mantenerse siempre en forma, desde la «sauna» al vibrador molecular.

Estaba tendido sobre una mesa, en manos de un musculoso masajista, cuando entró Laurie Gray.

—Jack, quiero hablarte.

—Hola, querida. ¿Puedo volverme, Dick?

—Sí.

Jack se volvió y sonrió a su secretaria. Frunció el ceño, empero, al ver el hosco semblante de ella.

— ¿Qué ocurre?

—Jenny Dewey se ha suicidado, arrojándose desde una ventana de su casa a la calle.

— ¿Jenny Dewey? ¿Quién es?

—Una doctora a la que llamé la semana pasada para... ¿No será mejor que te hable de esto en privado?

—Aguarda en mi despacho. Enseguida estoy contigo, querida. Abrevia, Dick. Los suicidios son cosa seria.

El masajista asintió y apresuró su trabajo. Pocos minutos después, Jack Ames, ya vestido, penetraba en su despacho, donde Laurie estaba tomando un vaso de agua con un sedante.

Él se acercó a ella, la abrazó y exclamó:

— ¡Vamos, querida, suéltalo ya! ¿Qué pasa con esa mujer?

—Sue Chidra me pidió que le buscase un tocólogo. Estaba preocupada por su embarazo, cosa que me sorprendió. Luego me dijo que tenía un secreto que no podía revelarme... ¡Y tú sabes que me consulta todo lo que hace!

»He llegado a la conclusión que es una mujer extraña, Jack.

— ¡Qué tonterías! —atajó Jack, con un gesto despectivo de la mano derecha—. Habría de serlo de verdad, ser horrenda o estar contaminada de una enfermedad contagiosa y terrible, y yo seguiría encontrándola maravillosa... ¡Todo esto se lo debemos a ellos, Laurie!

—Sí, de acuerdo. Compréndeme, Jack. No te encierres en esa actitud servil. Sue me habló de un secreto que no podía compartir conmigo... ¡Y ese secreto le fue comunicado a Jenny Dewey!

— ¿Estás segura?

—Sí. Yo llevé a Jenny a Island City. Me echaron y se quedaron solas. Supongo que Jenny debió de reconocer a Sue. Yo llamé a Jenny por la noche y me dijeron que no estaba en casa. Al día siguiente, fui a su despacho. Estaba, pero no quiso hablar conmigo. ¿No te das cuenta? En pocas horas, el secreto de Sue Chidra había cambiado totalmente a Jenny, hasta terminar induciéndola al suicidio.

— ¿Y cómo sabes que la señora Chidra tiene algo que ver con eso?

—Lo sé. Todo coincide. Lo que me dijo Sue y lo que no me quiso decir Jenny.

Jack Ames, preocupado, fue a sentarse detrás de su mesa. Allí estuvo reflexionando unos segundos, mientras Laurie continuaba:

—Debe de ser un secreto terrible, Jack. Algo que debió de suceder a Sue antes de venir a Nueva York, allá en la India. La leyenda dice que oriente es tierra de misterio, y, en verdad, Sue no se comportó conmigo como una mujer educada e inteligente, aunque a ambos nos consta que lo es.

—Las mujeres sois todas muy extrañas —dijo, al fin, Jack—. Estoy seguro

de que lo que tú llamas un terrible secreto, será una futesa. Y los motivos que han inducido a esa doctora a poner fin a su vida nada tendrán que ver con Sue.

— ¡Quisiera creerlo, Jack! Incluso la riqueza de los Chidra es espantosamente grande. Todo en ellos es irreal, sobrenatural...

Laurie se detuvo al escuchar la carcajada de Jack.

—Si Manfred Chidra es irreal, yo soy Alejandro Magno, querida. ¿Qué has visto tú de irreal en él?

— ¡Jack! ¡Estás ciego y no ves nada de lo que no te interesa! ¡Te deslumbra el lujo en que vives! ¡Solo piensas en el ídolo y en servirle mejor!

—Nadie me pagaría más que él.

— ¡Pero puedes estar trabajando para el diablo, Jack!

El ataque de risa que sufrió Jack obligó a Laurie a salir del despacho, dando un portazo, mientras él se revolcaba en su asiento, hilarante, riendo a mandíbula batiente.

En cuanto amainó su regocijo, conectó el visófono de Laurie y exclamó:

—Al diablo se lo comieron las brujas del medievo, Laurie. Este es el siglo XXII. Pero, aunque fuese cierto, no por eso iba a cambiar de amo. Debe ser un privilegio extraordinario tener un jefe tan sabio y tan malvado.

* * *

Zhara y Jong, durante el desayuno, aquel mismo día, también hablaban de Jenny Dewey, y él se expresaba en tono severo.

—No cometas más errores de ese tipo o te pesará, Zhara. Nadie debe saber quiénes somos.

— ¡Lo hice por el bebé!

—Ya tengo órdenes de «Klep». Irás a dar a luz a la Base Operacional, en un avión particular. Diremos que estás en una clínica. Si algo saliera mal, «Klep» nos proporcionaría otro bebé.

— ¡Pero yo no quiero que salga mal, Jong! ¡Entiéndeme, por el amor de Dios! ¡Quiero tener mi propio hijo, nuestro hijo! ¡Te quiero, Jong, tú lo eres todo para mí!

—Por encima de nosotros está Makko —declaró Jong, secamente.

—Eso es lo que nos inculcaron desde niños. Nos hicieron así. Makko ante todo. Pero yo veo a la gente y no son como nosotros. Nos han moldeado de otro modo, somos casi robots.

—Siervos de Makko, de carne y hueso.

— ¡No, Jong; hay más! ¡Algo que Makko no tuvo en cuenta! Por encima del temor y del respeto, está la maternidad. Voy a ser madre y algo dentro de mí se revela contra las leyes de Makko. Debe ser el instinto que pretende defender a lo que más quiero.

— ¡Cállate, Zhara! ¡No debes decir eso, ni pensarlo siquiera! ¡Makko es antes que nadie! ¡Él puede oírte!

Zhara cerró su boca, como si temiera que por ella pudiera causar algún daño a su hijo.

—Ninguna tontería más de ese tipo, ¿entiendes? —siguió diciendo Jong—. Cuando llegue el momento, irás a la Base Operacional. Tendrás allí el bebé y luego reanudaremos nuestro trabajo. Todo está perfectamente en orden.

»Rowlings será Gobernador, y cuando se retire o fallezca, lo seré yo. Pertenezco al grupo de los elegidos por derecho propio.

—Sí, Jong. Nadie puede oponerse a los designios de Makko. Es cierto —dijo Zhara, pareciendo que así renunciaba a algo que era, por ley natural, más fuerte que ella misma.

Jong sonrió con dulzura. No quería mostrarse severo con ella.

—Me agrada que sepas reconocerlo, Zhara. Y ahora, olvidemos a Jenny Dewey. Todo está bien... ¡Ah, me olvidaba! Esta noche tenemos un invitado excepcional.

— ¿Quién?

—El Jefe del Departamento de Justicia Federal, señor Robinson. Su cargo es casi honorífico, pues procede del antiguo estatuto central. Pero su prestigio es mucho. Me lo presentó el jefe del Senado.

—Le haré los honores que se merece, Jong —declaró Zhara, seriamente—. No te preocupes.

Al terminar el desayuno, Jong se levantó y besó a su esposa. Al mirarla a los ojos, creyó percibir en ellos algo así como una vaga inquietud.

No dijo nada y se fue.

* * *

En su despacho de Broadway, al día siguiente, Manfred Chidra recibió la visita del coronel Henry Meyer, jefe superior del Departamento de Policía del Estado de Nueva York.

Se trataba de un hombre de unos cuarenta y cinco años, sagaz y penetrante, bien parecido y que vestía un elegante atuendo «imperio», última moda de la época. De pies a cabeza se captaba en él la distinción y la inteligencia.

Entró y estrechó la mano de Jong, quien había abandonado su mesa, para recibir a tan egregio personaje.

—Me alegro muchísimo de conocerle personalmente, señor Chidra —fueron las primeras palabras de Mayer.

—Yo también me alegro de verle aquí, coronel Mayer. Y conste que es una honra personal. ¿Le han hecho esperar mucho?

—Nada en absoluto. Gracias.

Se sentaron en cómodas butacas. Circuitos electrónicos y una máquina de servir, ofrecieron a Mayer cigarrillos, bebidas y hasta golosinas. Él lo rechazó todo, sonriendo, amablemente a Jong.

—Hace días que deseaba conocerle, créame. Soy uno de los hombres mejor informados de esta urbe y sé que llegará usted muy lejos, señor Chidra.

—Siempre he logrado cuanto me he propuesto —asintió Jong.

—En política no es fácil conseguir altos puestos. El senador Rowlings, por ejemplo, no habría llegado jamás a ser el candidato, de no haber sido por

usted.

— ¡Bah! Solo le he dado un empujoncito.

—Nada de eso. Le ha puesto, prácticamente, en el umbral de la Casa de la Gobernación. Y, créame, creo que no ha estado usted muy acertado en su elección. Tampoco acertó al elegir a Jack Ames como consejero.

—No tengo nada contra ellos.

—A fuerza de sinceros, señor Chidra, usted debió rodearse de mejores colaboradores, gente más capacitada y representativa. Del modo como actúa, tardará en llegar a la cima.

Jong no pudo por menos que esbozar una sonrisa ambigua.

—No quiero decir que sus informadores andan equivocados. Sería una temeridad. Puede que, algún día, me pique la curiosidad del mando y opte a la candidatura. De momento, me conformo con apoyar a Rowlings y tener, un amigo en él.

—Rowlings puede ser derrotado en las elecciones finales —dijo el coronel Mayer, como quien hace un comentario trivial.

—Permítame dudarlo, coronel Mayer.

—No lo dude, por favor. Rowlings ha sufrido varias derrotas políticas que le han resquebrajado moralmente. Y, por si eso fuese poco, hay algo más.

— ¿Qué?

—Ciertos documentos que conserva mi departamento. Son de carácter oficial, pero nunca han visto la luz pública. Solo han sido esgrimidos ante el propio Rowlings, para cortarle las alas en los momentos decisivos.

»Alguien me ha pedido recurrir de nuevo a ellos. Me refiero al candidato contrario y a sus amigos. Sin embargo, la situación no es la misma que años atrás.

— ¿No? ¿Por qué?

—Ahora está usted detrás de Rowlings. Y eso me hace ser comedido y cauteloso. Yo también sé hacer política y respeto al enemigo, cuando verdaderamente lo es.

—Con claridad, coronel Mayer. Usted ha venido a proporcionarme un trato.

—Con claridad, imaginé que me lo propondría usted al saber esas noticias.

—Pues, claridad por claridad, tanto me importa dejar a Rowlings y pasarme con Bryan, como apoyar a otro candidato. Lo único que deseo es «cariño» oficial.

—Popularidad y nombre para el siguiente período legislativo, ¿no es así?

—Para el próximo o para el siguiente. No tengo prisa. Sin embargo, con la misma claridad le diré algo más. Sé librarme de enemigos y recompenso ampliamente a mis amigos.

—Admiro esas cualidades, señor Chidra —dijo Mayer, sonriendo—. Y, si en claridad estamos, lo que más admiro de usted es su cuantiosa fortuna. ¿Qué se siente, siendo tan rico?

—Algo de vértigo. Por eso intento repartir mi fortuna entre los amigos,

para nivelarme con ellos.

—Juiciosa idea. Me gustaría ser amigo suyo, señor Chidra.

—A mí también serlo de usted, coronel. Aprecio el justo valor de sus palabras. Y desde este momento, puede usted entrar y salir de este despacho, sin avisar, si es preciso.

—Estoy en reciprocidad. ¿Le parece bien que desaparezcan los documentos contra Rowlings?

—Lo dejo a su elección, coronel. Pero piense que a Bryan le tenemos ya con la sepultura abierta. Cuando se confirme que, efectivamente, ordenó matar a Clifford, será mejor que se suicide.

—Bryan, políticamente, es un cadáver insepulto. ¡Ah, ayer asesinaron a una doctora en la calle 14! Creo que estaba relacionada con la esposa de usted.

—Sí, pero la prensa ha dicho que fue un suicidio.

—La mataron, arrojándola por la ventana. Un trabajo limpio.

«¡Cínico! —pensó Jong, con rabia—. ¿A qué viene eso ahora?»

—Jenny Dewey examinó a mi esposa, que está esperando un niño. No creo que fuese muy eficiente. Propuso realizar un electrosondeo...

—Jenny Dewey tenía un diario, escrito de su puño y letra —siguió diciendo Mayer, causando el primer sobresalto a Jong—. Lo encontró uno de mis hombres de confianza. Lo leyó y me lo trajo. Creo que le gustaría leerlo, señor Chidra. Habla de su esposa y uno cree estar leyendo las memorias de una lunática.

— ¿Qué dice?

—Tonterías. Hay una frase que me hizo mucha gracia. Decía así: «¡Sé que, si hablo, me matarán; y si no lo hago, terminaré por matarme yo! ¡No puedo continuar así! ¡Sue Chidra es un diablo rojo!».

—Sí, me parece una de aquellas antiguas novelas de ciencia ficción. Sin embargo, me gustaría leer esa memoria.

—La tendrá usted aquí hoy mismo, señor Chidra. Le doy mi palabra.

— ¿Y su agente...?

— ¿Lenny? Mañana será nombrado Jefe de la Brigada Móvil. Es un chico excelente, pero muy olvidadizo. Creo que se le ha muerto una tía riquísima, que vivía en Alabama, y le ha dejado una buena fortuna.

— ¿Doscientos mil dólares?

—No. La tía de Lenny solo le ha dejado cien mil.

Ambos hombres sonrieron.

—Creo que vamos a entendernos muy bien, coronel Mayer.

—Yo estoy seguro de ello, señor Chidra. Jenny Dewey, oficialmente, se ha suicidado. Entre sus documentos no existe ninguna memoria... Y lo que es más: mi departamento está a su servicio, y yo también.

—Gracias, coronel. Lo mismo digo. Fije usted mismo sus emolumentos.

—No me gustaría ser menos que Jack Ames. Yo seré más útil. De momento, Bryan será detenido mañana mismo y acusado, oficialmente, de

asesinato.

—Será usted más que Jack Ames, pero no tendrá contrato de ninguna clase. Nadie le relacionará conmigo jamás... ¡Ni siquiera usted mismo! Y no me defraude, coronel. Las memorias de Jenny Dewey podrían ser ciertas y usted tener un mal fin.

—Soy el hombre mejor informado de Nueva York. Y no creo en ficciones.

—Gracias. Ese significará una cantidad anual de dos millones de dólares.

—Usted será Gobernador de Nueva York cuando quiera... ¡Y hasta Presidente del Consejo Mundial!

* * *

Jong iba estrechando lazos, infiltrándose paulatinamente en la política, ganando adeptos... Sus fiestas se hicieron más asiduas y sus invitados más numerosos. Acudieron personajes notables y grandes prohombres de la política, la industria y la economía, se sentían honrados con sentarse a su mesa y departir con Manfred Chidra.

Pero, por otro lado, y sin que él lo supiera, la antimanzana de la discordia empezaba a germinar en el vientre de Zhara, la cual se encontraba ya a punto de dar a luz. Y la mujer de Jong estaba resuelta a sacrificarlo todo, incluso a Makko, por su hijo. Se había dado cuenta de lo mucho que significaba para ella la maternidad. Quería un hijo, y le quería sano, sin tara ni defecto... ¡Y no estaba dispuesta a que se lo cambiara nadie, si, como temía, nacía con la piel rojiza!

Últimamente, Zhara dejó de asistir a las recepciones. Tampoco veía mucho a Laurie Gray, porque esta última guardaba un íntimo resentimiento contra ella, aunque, en las pocas ocasiones que se veían, se trataban con afecto.

Y así las cosas, llegó un día en que Zhara se sintió verdaderamente indispuesta. Entonces, sin avisar a Jong, llamó a su doncella y le dijo:

—Vick, prepara mi maletín y avisa que me tengan dispuesto el avión.

— ¿Ya, señora?

—Sí, creo que sí.

La doncella voló, más que corrió, a prepararlo todo. Zhara efectuó una sola llamada visofónica. Luego, sostenida por Vick, penetró en el ascensor que la llevó a la plataforma aérea, donde aguardaba un discoplano particular, con un piloto uniformado.

Zhara subió al aparato, con la doncella, y el piloto ocupó los mandos, partiendo hacia el interior del país y aterrizando en el claro de un bosque, donde había una casita de troncos.

Allí, en la puerta, vestida de blanco, estaba Jenny Dewey, en persona, esperándola. Salió a recibirla, con una amplia sonrisa. Luego, besó a Zhara en las mejillas y la sostuvo, para hacerla entrar en la casa.

El piloto y la doncella les siguieron, con el equipaje.

No había nadie más allí.

Jenny hizo tenderse a Zhara sobre un lecho blanco y la examinó

brevemente.

—Estás a punto, Sue. Pero aún falta algo. No te alarmes. Descansa. Voy a disponerlo todo.

La doncella se había puesto también una bata blanca, mientras el piloto esperaba fuera, paseando, como si él también fuese parte integrante del complot tramado por Zhara para alumbrar a un ser.

—Los periódicos y la televisión anunciaron su muerte, señorita —informó Vick a Jenny.

—Lo sé... ¡Pobre chica! No esperaba ella hacerse tan célebre después de muerta. Y ha sido una suerte que quedase tan irreconocible —se lamentó Jenny—. Lo malo de todo eso viene ahora.

—Confiemos en que todo salga bien —terminó Vicky.

Poco después, un grito de Zhara hizo acudir rápidamente a las dos mujeres, Joe, el piloto, afuera, se detuvo en sus paseos, apresurándose a encender otro cigarrillo aromático. Entró en el vestíbulo y se sentó en una rústica butaca.

Vicky salió de la alcoba a los pocos minutos, gritando:

— ¡Niño, Joe! ¡Un niño perfecto!

Los berridos del bebé pronto llegaron hasta Joe. Su señora había tenido un niño. Era algo emocionante, pero más eran los cincuenta mil dólares que había recibido previamente por prestarse al pequeño complot, de cuya finalidad no estaba muy al corriente.

Dentro de la alcoba, Zhara volvía el sudoroso semblante hacia la doctora, la cual estaba reconociendo el pequeño cuerpo que yacía ante ella, con mirada profesional y penetrante.

— ¿Qué, Jenny?

—Es normal... Pero, temo que tuvieses razón... No estoy segura aún. Los niños nacen así. Hasta dentro de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, no puedo decirte nada.

— ¡Por Dios, Jenny, dime algo ahora! ¿Será rojo?

—Pues... me temo que sí.

Zhara sintió como un desvanecimiento, provocado por la angustia. ¡Había tenido un hijo que no era exactamente terrestre! En ella y Jong se produjo la mutación que ahora heredaba su hijo. Y el problema era que una criatura tan pequeña no podía ser sometida a tratamiento dérmico... Sería un ser rojizo, hasta que tuviese la suficiente edad para poder teñirle la piel sin peligro, para hacerle pasar por un hijo de la Tierra.

Y, en aquel mismo instante, Zhara odió a Makko con toda su alma, exclamando, llena de amargura:

— ¡Tuya es la culpa, Makko! ¡Mi hijo es así por tu culpa! ¡Y no te obedeceré jamás! ¡Mi pequeño Jong no será tuyo, ni yo tampoco, ni lograrás imponer tu sistema abominable en este mundo!

»¡Yo no quiero tu igualdad armónica! ¡Solo quiero que mi hijo sea como los demás niños, para poder jugar con ellos sin que nadie tenga que señalarle, reírse de él o acusarle! ¡Yo quería un hijo corriente y normal! ¡Normal!

## Capítulo VI

— ¿Qué ocurre, Manfred? —exclamó Jack Ames, entrando precipitadamente en el despacho de Jong, quien se encontraba en rígida postura, sentado detrás de su mesa, grave, hermético y ceñudo.

—Sue ha desaparecido.

— ¿Desa...? ¿Qué quieres decir?

—Se ha ido no sé a dónde. ¡Y es preciso encontrarla cuanto antes! ¡Su vida está en peligro!

— ¿Rapto? —se alarmó Ames.

—No lo creo. Imagino que ha ido a dar a luz a cualquier parte, en complicidad con alguien. Y hemos de encontrarla antes de que sea demasiado tarde para todos.

—No te entiendo. ¿Por qué habría de hacer tal cosa? En esos trances, cualquier mujer avisaría a su marido.

—Sue no es cualquier mujer. Temía que el bebé no fuese normal y por ese motivo se ha ido. ¡Hay que buscarla! ¡Sospecho que no debe encontrarse muy lejos! ¡Hay que movilizar a los hombres que sean precisos!

— ¿Por qué no recurrimos a la policía? Mayer empleará en la búsqueda a todo su ejército. Con lo que cobra, puede hacer eso y más —parecía haber cierto resentimiento en la voz de Jack Ames.

—No quiero que la policía se mezcle en esto. No acabo de fiarme del coronel Mayer. Es sinuoso como una serpiente y puede volverse contra

nosotros cuando menos lo esperemos.

— ¡Recurriré a todos los detectives privados de la ciudad! —exclamó Jack Ames—. ¿No tienes ninguna sospecha o punto de partida?

—La doncella y un piloto han desaparecido con ella. Pero la pista más importante la puedes encontrar llamando a todos los especialistas en tocología y ginecología. Alguno debe de saber algo, o puede que haya desaparecido también.

—Correcto, Manfred. Empezaremos por ahí.

Jack Ames salió con la misma precipitación con que había entrado, dejando a Jong en la misma postura impasible y grave, aunque su mente era un caos fulminante de contradicciones, ideas y contraideas, que iban y venían atropelladamente.

Como un cerebro electrónico, Jong sospesaba todas posibilidades, imaginando los motivos personales que habría podido tener Zhara para ocultarse en el momento de nacer el niño. Él comprendía estos motivos, pero no participaba de los temores de su mujer.

Todo había sido estudiado de antemano. ¿Por qué le mintió ella? ¿Era que el pequeño y desconocido ser nacido de ambos tenía más poder que Makko? Jong estaba seguro de que esto no podía ser cierto. No existía ser humano alguno capaz de vencer a Makko, cuyo genio electrónico superaba en mil a uno el genio humano.

Zhara estaba condenada a morir... Tarde o temprano, Makko descubriría la deserción de Zhara, en cuyo dedo anular llevaba un sello de oro con un minúsculo aparato de comunicación y un dispositivo de muerte y aniquilamiento.

Su mujer no podía desprenderse de aquel anillo. Si se lo quitaba, moriría en el acto, irremisiblemente. Era inútil, pues, desafiar a Makko. Toda la vida habían estado supeditados a él, obedeciendo sus órdenes y preparándose concienzudamente para la misión que realizaban ahora.

Al primer inconveniente, Zhara desertaba de su lado y se ocultaba de él. Lo hacía por su hijo. Pero ¿acaso él no contaba en la estimación de ella? ¿Tal vez Zhara no comprendía que si le abandonaba a su destino, ambos serían sacrificados por la máquina calculadora y fría desplegada por Makko?

¿Se había vuelto loca su mujer, ante el advenimiento de su hijo?

Jong no lograba entender a Zhara, por más esfuerzos que hacía para conseguirlo. Ella actuó con el mayor secreto. Fingió obedecerle en todo y hasta logró que Jenny Dewey se arrojase por la ventana de su casa, por medio de la hipnosis condicionada.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué fue lo que Makko, con sus múltiples e innumerables recursos, no había tenido en cuenta, para que Zhara, su mujer, al fin y al cabo, obrase de aquel modo, contra toda ley y pronóstico?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Después de varias horas de meditar, Jong hubo de admitir que no podía conseguir la respuesta y que era incapaz de hallar solución al problema

planteado por su mujer, su compañera, la elegida incluso por los circuitos electrónicos de Makko.

Pero no se atrevió a comunicar con «Klep» para advertirle lo que ocurría. Era su deber, y, sin embargo, se abstuvo. Decidió ignorar lo que pudiera haber ocurrido.

* * *

El coronel Henry Mayer se presentó aquella misma mañana, con una cartera metálica en la mano. No hubo de esperar absolutamente nada. Los secretarios de Jong le hicieron pasar inmediatamente a su despacho.

Mayer estrechó la mano a Jong y dijo:

—Acabo de enterarme que su esposa ha desaparecido, señor Chidra.

Jong arqueó las cejas.

—He de admitir que sus servicios son eficientes, Mayer. Y no le oculto que estoy preocupado.

— ¿Por qué no me ha llamado inmediatamente? Ahora, todos esos ineptos detectives privados están armando un revuelo en la urbe. ¿Por qué hace esto, señor Chidra?

—No creo que lo comprenda usted, Mayer. Siéntese. Hablaremos con calma.

El jefe del Departamento de Policía se sentó, haciendo un gesto de impotencia con las manos.

—No se fíe de Ames. Se lo dije y se lo repito. No sirve para el juego. Voy a decirle algo que tal vez no sepa usted. Lo supe anoche, por casualidad. Jenny Dewey no murió. El cadáver de la mujer que pretendía hacerse pasar por ella, no es el suyo. Y hasta su diario me parece hoy muy extraño.

— ¿Qué? —exclamó Jong, atónito.

—Sé que es usted listo. Pero alguien más es listo también. He comprendido que alguien juega sucio. Hablemos claro, señor Chidra. Por lo que me paga, le debo fidelidad absoluta. Y en eso le soy fiel.

— ¿No ha muerto la doctora Dewey?

—No. Seguro.

Jong se quedó pensativo. Luego sonrió, diciendo:

—Lo entiendo todo. Es ella.

— ¿Quién?

—Mi mujer.

— ¿Su mujer?

—Naturalmente. Solo puede ser ella. Nos ha engañado a todos, llevándose a Jenny Dewey para que la atienda. Debieron de utilizar el cadáver de alguna mujer, ataviándola como la doctora Dewey... ¿Y su diario?

—Está aquí —respondió Mayer, abriendo la cartera metálica y sacando un libro de tapas de cuero plástico, que puso ante Jong.

— ¿Es auténtico?

—Lo encontramos en un lugar secreto. Lo hemos analizado y sabemos que

Jenny Dewey solo escribió en él durante cuatro días, después de tener su primera entrevista con la esposa de usted. En serio, señor Chidra; no es apócrifo. Es auténtico. Hemos comprobado la escritura de la doctora Dewey, la cual escribió esto de su puño y letra. Sin embargo, ha dejado varios días en blanco, como si después de hacer su confesión escrita, hubiese cambiado de parecer.

Jong tomó el diario que Mayer le entregó y curioseó entre sus páginas, observando los días señalados. En las últimas páginas escritas encontró su nombre y leyó: «Jueves, 15. La señora Chidra procede de otro planeta. Ella no me lo dijo claramente, pero me he dado cuenta en el acto. Y su temor, respecto a su hijo, puede estar justificado...».

Jong levantó la mirada hacia Mayer.

— ¿Qué opina usted de esto, Mayer?

—Opino que Jenny Dewey está loca, sencilla y llanamente.

Jong abrió un cajón de su mesa y extrajo un objeto rectangular que mostró a Mayer, diciendo:

—Escuche usted, Mayer. ¿Oye un débil zumbido?

Efectivamente, de la especie de cajita que sostenía Jong, se desprendía un débil zumbido.

—Sí... ¿Qué es?

—Escuche atentamente, coronel Mayer. Su mente está paralizándose en determinados centros neurálgicos. Ya no puede usted moverse. Ahora solo me escucha. No tiene capacidad para evadir su mente de la mía. Le controlo y domino.

En efecto, Henry Mayer estaba extremadamente rígido en su asiento, mirando con ojos inmóviles a su visitado.

—Usted no sabe cuál es mi misión aquí, en La Tierra, Mayer. Tampoco le importa. Solo le interesa obtener beneficios cuantiosos, tanto en el orden político como económico. Y me ha convencido de que le necesito. Es usted hábil y sin escrúpulos, por lo que ha llegado hasta el punto que ocupa.

»Este diario dice muchas cosas, explicadas por mi mujer a una doctora, la cual las ha escrito. Para ella debió de ser demasiado fuerte saber la verdad, y manifiesta temores de muerte. Esto es un engaño y usted lo sabe mejor que yo.

»El diario ha sido escrito para engañarnos a todos. Debía hacer creer a la gente que el miedo la inducía a quitarse la vida, ¡que no podía ser cierto lo que aquí se dice, pero ella así lo creyó!

»¿Comprende, Mayer? Es un buen procedimiento este de decir la verdad para que los demás no lo crean. De ese modo, cualquiera pensaría que estaba obsesionada y terminó por matarse. Perfecto. Todo obedece a un plan ideado por mi propia mujer.

»Piense en esto, Mayer. Es así. Yo no soy un hombre venido de otro planeta, ni lo es Sue. ¿Verdad, Mayer? La razón es muy otra... Mi esposa temía que el bebé no fuese como ella o yo. Por eso necesitaba ocultarse para traerlo al mundo.

»Esa es la explicación. La doctora Jenny Dewey es su cómplice. Con ellos está la doncella de mi esposa y un piloto llamado Joe Gerrit. Usted los buscará y los encontrará, porque posee medios para lograrlo. Luego, me avisará y yo iré a ver a Sue, a solas. Elimine a los cómplices de mi mujer, sin miramientos. Mate, Mayer. Usted sabe hacerlo.

»Me quedaré este diario que ha sido un engaño. Y no piense jamás que soy un agente extraterrestre. Olvídelo eso completamente. Para usted y para los demás, seré un hombre inmensamente rico con ambiciones políticas.

»Ahora, se recobrará usted y no mencionará nada de cuanto hemos hablado. ¿Me entiende? ¡Nada en absoluto!

»Listo, coronel Mayer. Hemos terminado.

Jong guardó su placa vibradora en el cajón y sonrió a Mayer, quien recobró su movilidad en aquel instante.

—Vaya y haga lo posible por localizar a mi esposa, coronel Mayer.

—Sí, señor Chidra. Pierda cuidado. La encontraremos. No nos será difícil.

Mayer se levantó, tendió la mano a Jong, sonriente y se despidió. Un instante después abandonaba el despacho, con su cartera metálica en la mano. El diario de Jenny Dewey había quedado sobre la mesa de Jong.

* * *

—Escucha, Jenny. Tienes que hacerme un señalado favor.

—Haré por ti lo que sea, Sue.

— ¡No me llames Sue! —gritó la enferma, airadamente—. Te he dicho que me llamo Zhara. No tengo más apellidos.

—Por favor, Zhara; tienes que calmarte. ¿Qué quieres que te haga ahora?

—Mira este anillo, Jenny —dijo Zhara, alzando la mano para que la viese la otra—. Parece normal, ¿verdad?

—Sí. Es de oro.

—No, no es oro. Dentro contiene complicados y minúsculos aparatos electrónicos, que accionan un insignificante rayo iónico y que atraviesa mi dedo —explicó Zhara con voz apagada por el cansancio, mirando de vez en cuando hacia la cunita en donde dormía su bebé—. No puedo quitarme este anillo, Jenny. Es la cadena invisible de mi cautiverio. Si intentase quitármelo, el rayo iónico se convertiría en mortal, recibiendo mi sangre una fuerte dosis de radioactividad que acabaría conmigo.

—Pero... ¡eso es horrible! ¡No puedo creerlo!

—Hay muchas cosas en mí que no puedes creer y que, sin embargo, son ciertas. Esta es una de ellas... Mi hijito es otra.

—Entonces, ¿no puedes quitarte ese anillo?

—Quiero que tú me lo quites, Jenny.

—Pero...

—Es fácil. No se tratar de sacar el anillo, sino de cortar el dedo.

— ¿Qué? —exclamó Jenny Dewey, aterrada.

—Un dedo no significa más que una pequeña mutilación en la mano,

Jenny. Tú sabes hacer eso. Eres doctora.

— ¿Y vas a quedarte sin...?

— ¡De mi vida te estoy hablando, Jenny! —exclamó Zhara, secamente—. Sé que todo cuanto te digo te parece extraño y absurdo. Tu mente no acaba de asimilar mi situación, aunque yo sea una mujer normal. Soy prisionera de Makko. Estoy aquí, en La Tierra, para realizar una misión que, de llevarse a cabo, convertirá a toda la humanidad en una especie de robots de carne y hueso, sin más voluntad que la de Makko.

»En mí se rebela todo mi ser, mi espíritu y mi mente. Soy de este mundo, aunque naciera en «Kodi-109», por designio de Makko, el cual hizo llevar allá a mis padres en una inhumana experiencia, después de numerosos fracasos.

»Ese es mi pobre y miserable destino. Han puesto en nuestras manos toda la riqueza que hemos necesitado. El dinero es la palanca más poderosa de este mundo y Jong, mi esposo y fiel servidor de Makko, la está manejando con habilidad y destreza, para aniquilar a la humanidad.

»¿Te das cuenta? Es preciso que yo luche contra Jong. Es preciso destruir los planes de Makko. Lo hago por mi hijo, por mí, por Jong y por toda la humanidad. Y debo empezar librándome de la opresión de Makko.

»Escuche, Jenny. Si yo cierro la mano, la presión de mi dedo anular sobre cierto diminuto resorte del anillo, sirve para ponerme en contacto con una nave espacial situada en una base operacional, aquí en La Tierra, donde unos hombres-máquinas comunican a Makko todo lo que ocurre.

»Todo depende, pues, de este anillo; necesito quitármelo. No me importa perder el dedo. No peligra la vida de nadie por tan pequeña amputación. Solo se trata de un dedo. ¡Por favor, Jenny; ayúdame!

La doctora estaba mirando ahora el anillo de Zara, como si se tratase de un talismán fatal y poderoso. Luego, se sobrepuso y musitó:

—Está bien, Sue. Haré lo que me pides.

—Gracias, Jenny.

— ¿Y no temes que pueda tener ulteriores consecuencias?

—No lo creo. Estoy dispuesta a correr ese riesgo. No me pasará nada, ya lo verás. Sin embargo, si me ocurre algo, cuida de mi hijo. Él es libre, como tú, ¡y tiene qué seguir siempre siendo libre!

Jenny sonrió, aunque en sus ojos aparecieron indicios de lágrimas.

—Te lo prometo, Sue... Zhara.

—Luego, harás más. Con mis joyas y el dinero del maletín, podrás vivir toda la vida en un lugar tranquilo. Debes avisar al mundo. Denunciar a los aspirantes a gobernadores que trabajan en las cincuenta ciudades más importantes del mundo. Te daré una lista de sus nombres. Lo tengo todo preparado. No son culpables de nada. Están obligados y dominados por «Klep», desde la Base Operacional, y por Makko, desde «Kodi-109», que es un mundo extraño situado a sesenta millones de años luz de aquí.

»Hay que malograr los planes de Makko. Si es necesario, a esas parejas se las debe exterminar. Solo son cien personas. Pero si es posible amputarles el

dedo, será mejor, porque no somos culpables de nada, y menos responsables de nuestros actos.

Jenny Dewey estaba cada vez más aterrada y sobrecogida. No obstante, aceptó como fidedigno cuanto le dijo Zhara. Al fin, manifestó, con entereza.

—Está bien, Zhara. Veo que no estás muy segura del éxito de la amputación. Pero lo haré. Voy a preparar los instrumentos y útiles necesarios. Hazme, mientras tanto esa lista.

Jenny salió del cuarto en donde estaba Zhara.

Fuera, leyendo una revista, se encontraba Vick, la doncella, la cual levantó la mirada al ver a la doctora.

— ¿Dónde está Joe, Vick?

—Fuera, descansando. Aquí no hay nada más que hacer.

—Quiero que vaya a la ciudad a traerme algunas cosas.

Joe Gerrit acudió a la llamada de la doctora, quien le redactó una lista de instrumentos y medicinas que necesitaba para atender al insólito ruego de Zhara.

—Compra todo esto en un centro de farmacia y cirugía, Joe. No te entretengas y vuelve inmediatamente, sin hacerte ver.

—De acuerdo, señorita.

Joe Gerrit llevaba dos días refugiado allí, sin ver a su familia, y pensó que nada podría ocurrir si hablaba con su esposa por visófono, cuando llegase a la ciudad. Y así lo hizo.

Se fue con su aparato volador, realizó el encargo y, mientras esperaba, se metió en una cabina pública de comunicaciones, llamando a su casa.

Habló con su esposa, la tranquilizó, le dijo una serie de banalidades, enviándole besos, y luego regresó a buscar el pedido. Ignoraba que la policía le había detectado ya, interviniendo la llamada visofónica, identificándole, y poniendo varias patrullas aéreas, inmediatamente, en su búsqueda.

Cuando Joe Gerrit, con el pedido de la doctora Dewey, regresó a Finchwood, que era el lugar donde se había refugiado Zhara, fuerzas especiales de la policía le fueron siguiendo a distancia, gracias a dispositivos de radar electrónico.

Y cuando el sirviente de Zhara llegó a su destino, la policía localizó el lugar y avisaron a su Departamento.

Inmediatamente, para no perder ni un minuto, el coronel Mayer llamó a Jong por visófono.

— ¡Ya hemos localizado el lugar donde está su esposa, señor Chidra! —exclamó Mayer, radiante—. Me lo acaban de comunicar en este momento. Se trata de un lugar llamado Finchwood, a unas setenta millas de aquí. Parece ser que hay una casita de cazadores en un claro del bosque.

— ¡Haga lo que le dije, Mayer! —exclamó Chidra—. Ya tiene mis instrucciones concretas... ¡Mate a sus cómplices y deje a Sue! ¡Yo iré allá dentro de una hora! ¡Nadie deber saber nada de esto!

—Sí, señor Chidra. Así lo haré.

Y Mayer se dispuso a cumplir la orden de su nuevo jefe, para lo cual ordenó primero que las patrullas especiales de vigilancia se retirasen de Finchwood. Luego tomó un helicoplano especial, de la policía, que pilotaba su chófer particular, y con cuatro agentes de confianza, se trasladó al lugar en donde estaba Zhara.

Joe Gerrit, al ver descender el aparato de la policía, entró en la casa corriendo y gritando:

— ¡La policía, señora Chidra!

Zhara se encontraba tendida en el lecho... ¡Y de su mano derecha faltaba un dedo! Ante ella, Jenny se volvió, sobresaltada.

— ¡Huid, pronto! —gritó Zhara—. ¡Que no os sorprendan aquí!

—Pero podemos decirles la verdad —declaró Jenny.

— ¡No! ¡Sé que Jong os hará matar! ¡Huid, antes que sea demasiado tarde! ¡A mí no me harán nada!

— ¿Y el niño?

—Yo lo cuidaré... ¡Por Dios, Jenny; escapad a través del bosque! ¡Salid por la parte trasera!

Fue todo demasiado precipitado. El aparato de la policía tomó tierra junto al discoplano de Joe Gerrit. Mayer, el primero en saltar a tierra, armado con una pistola desintegrante, vio correr a Vick hacia la arboleda y disparó, perforándola de lado a lado.

— ¡Rodead la casa, pronto! —gritó Mayer a sus agentes.

Otro de ellos vio correr a Joe. Le siguió entre los árboles y le disparó también, pulverizándole la cabeza. Por suerte, Jenny Dewey fue más hábil y se ocultó, en una especie de zanja. Los agentes pasaron cerca de ella, sin verla. Mas tampoco registraron nada, porque no sabían cuántas personas había en aquel lugar.

Mayer, por su parte, entró en la habitación donde se encontraba Zhara, a la cual saludó, diciendo:

—Hola, señora Chidra. Nos ha costado trabajo encontrarla, pero lo hemos conseguido. No se alarme, no le ocurrirá, nada. Su esposo vendrá enseguida... ¿Es este su bebé? ¡Le felicito sinceramente! Es muy lindo.

Henry Mayer hablaba desapasionadamente, sin entonación.

## Capítulo VII

Jong llegó a Finchwood poco después, cuando ya reinaba allí un ominoso silencio. Al tomar tierra su aparato, el coronel Mayer, avisado por uno de sus agentes, salió a recibirle, con una sonrisa.

— ¿Cómo ha ido todo, Meyer? —fue lo primero que preguntó Jong.

—Bien... Digamos que bien.

— ¿Ha ocurrido algo imprevisto?

—Me temo que sí, señor Chidra. Pero su esposa está bien, así como su hijo. Es un niño.

El semblante de Jong se animó perceptiblemente, como si la emoción que pretendía contener le hubiese sacudido las fibras más sensibles de su sur.

— ¿Un niño?

—Un bebé de carita rojiza. Pero la doctora Jenny Dewey no estaba aquí. Su esposa no ha querido decirme dónde se encuentra.

—Yo hablaré con ella. Le ruego que no nos molesten, Mayer.

—Descuide.

Jong entró en la casita de troncos. No había visto los dos cuerpos cubiertos con una manta que la policía tenía sobre el piso de su helicoplano.

Cruzó el vestíbulo y empujó la puerta de la habitación en donde se encontraba Zhara, fingiéndose dormida. Se acercó a ella, la miró y luego se acercó a la cuna metálica. Instintivamente, Jong alargó ambas manos y tomó al bebé con cuidado.

El recién nacido se despertó y empezó a llorar.

— ¡Jong! —exclamó entonces Zhara, haciendo volverse a su esposo, quien la miró a ella y al niño, repetidas veces, con expresión alterada.

— ¡El niño, Zhara! —exclamó Jong, con voz trémula—. ¡Es nuestro niño!

—Sí, Jong; nuestro y de nadie más. ¡Dámelo! ¡Le has despertado y tiene hambre!

Zhara sacó la mano derecha de debajo de la sábana, extendiendo ambas hacia Jong, el cual se quedó atónito al ver el vendaje ensangrentado que ella ostentaba en la mano.

— ¿Qué es eso, Zhara? —preguntó, al entregar el niño a la madre.

—Me he cortado un dedo, Jong.

— ¡Nooo! —gritó él, del mismo modo que lo haría un león en la selva, al sentirse herido.

—Sí, no te alteres. Y no me ha sucedido nada. Mi dedo anular está dentro

de esa cajita de plata, en una solución de formol, junto con el anillo.

— ¿Eso has hecho?

Jong no parecía recobrarse de su sorpresa.

En brazos de la madre, el niño dejó de lloriquear y se volvió a quedar dormido.

—Sí, Jong. Y, como ves, mis temores, se han confirmado. Nuestro hijo no es como los demás niños. Ahora debería estar amarillo y es rojo, como nosotros.

— ¿Le ha examinado alguien?

—Sí. Es normal en todo, menos en la coloración de la piel, como un hijo de Makko.

—Es un hijo de Makko, Zhara.

— ¡No lo es! —gritó ella, agresivamente—. Es nuestro... ¡O mío, si lo prefieres así! ¡Pero no de Makko!

Jong se sentó al borde del lecho y miró a su esposa y compañera fijamente.

—Hablemos, Zhara. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Por qué te has ido de mi lado? ¿A que viene todo esto?

—Ya lo sabes. Yo no quiero que mi hijo sea un esclavo de Makko... ¡Y ahora no quiero que lo sea nadie!

— ¿Te has vuelto loca? Makko desea hacer el bien a la raza humana. Me he dado cuenta perfectamente de cómo viven las personas en este mundo. El poder está en manos de los que tienen dinero. Existe una desigualdad espantosa en todos los órdenes. Es una raza egoísta, malvada, miserable y vil. Incluso yo, que estoy cumpliendo una misión aquí, me siento incómodo y molesto. De buena gana empezaría repartir todo el dinero que tengo entre los desheredados, para hacerlos felices a todos... ¡Y hasta he dejado caer deliberadamente dinero por la calle, con la esperanza de que lo encuentre algún necesitado!

— ¡Eres un estúpido, Jong; y estás ciego, completamente ciego! ¡Makko no arreglará nada, sino que lo estropeará todo! ¡Lo que se propone es dominar este planeta y convertirnos a todos en instrumentos suyos, como son los robots que le sirven!

»Él impondrá por la fuerza esa igualdad que tú dices; y, cuando lo haya conseguido, no tendrá más que máquinas de carne y hueso. Esa será su obra. Obligará a todos a pensar del mismo modo, a hacer las mismas cosas, y los seres humanos habrán perdido su albedrío, estarán sometidos y controlados por ese espíritu del mal que es Makko.

»¿No te das cuenta de que, precisamente, es el orgullo, la individualidad humana, eso de poder actuar según criterio propio, lo que mueve este planeta y lo impulsa hacia un progreso preestablecido por leyes mucho más poderosas que las de Makko?

»¿No comprendes que es absolutamente imposible que todos los seres humanos piensen igual, y que eso sería el fin de la humanidad, porque todos estarían supeditados a unos mandatos que no pueden regir aquí, porque no se

lleva en la sangre, ni en el cerebro?

»Los seres de este mundo luchan para progresar. Existen rivalidades que incitan continuamente a superarse. Es ley de vida, ley natural, o luchar o sucumbir. Hay que luchar por el alimento, hay que luchar por la ropa, por el bienestar, por miles de cosas que hacen feliz al hombre de este mundo. Y, al mismo tiempo, si no consigue lo que se propone, es infeliz. Esa dualidad de suerte y desgracia, de bueno y malo, ese eterno comparar entre el rico y el pobre, todo eso es lo que mueve el motor humano de este mundo. Si el motor se detiene, la humanidad se detendrá también.

— ¡Calla, Zhara! ¡Nosotros no podemos desafiar a Makko!

— ¡Sí, y eres tú el que debe callar! ¡Yo lo he hecho! Él me amenazó de muerte, colocándome un anillo aniquilador si no le obedecía. Pero yo no puedo obedecerle porque eso es ir contra la misma esencia de mi propio ser.

»Atiende, Jong. Reflexiona serenamente y compréndeme. Nosotros, aunque hayamos nacido en «Kodi-109», somos hijos de este mundo llamado Tierra, porque nuestros padres fueron secuestrados aquí por las naves de Makko y llevados allá para servir de experiencia a un maquiavélico y siniestro plan. A consecuencias de eso, nosotros hemos adquirido una coloración rojiza que nos marca para toda nuestra vida, y nuestro hijo ha recibido en herencia la misma tara.

»De no haber sido así, el bebé sería como los demás bebés y nosotros seríamos como las demás personas. Habríamos tenido que luchar para ganar nuestro sustento, estudiando, trabajando y pugnando como el resto de nuestros semejantes, para ir ganando, peldaño a peldaño, la cima que conduce a la felicidad del deber cumplido.

»Así son nuestros semejantes, esa gente que ves moverse a tu alrededor. Y ellos aceptan su destino, porque saben que es así, y los desheredados mantienen la esperanza de cambiar de suerte, mientras que los afortunados temen siempre perder su fortuna, porque saben lo que significa caer en la pobreza.

»Esa gente no siempre logra lo que se propone. Muchos fracasan y mueren en la esperanza. Pero han vivido dentro de unas leyes hechas por ellos mismos. Han cumplido un mandato divino, que en el más allá, por encima del poder de Makko, les será recompensado en su justa medida.

»Yo he comprendido la verdad de todo esto, Jong. Es preciso que las gentes sean libres para que puedan contraer matrimonios, crear familias, reproducirse continuamente y llegar al fin del destino, sea cual sea, de esta vida aparentemente desigual.

»Nosotros no podemos juzgar los designios de la Providencia. Es así porque es así, y constituye delito de lesa divinidad intentar cambiar esos principios.

»Makko es un ser muy poderoso, una máquina de inmenso poder, pero no es igual que nosotros, aunque pueda aparecérsenos como uno de nosotros, ataviado con ropas como nosotros. Su ser es una computadora de cálculo, de

circuitos irrazonables en el sentido humano. Envía a sus robots al espacio y pretende una armonía inexistente, que jamás podrá imponer, sin importarle que sus instrumentos maten, eliminen y diezmen.

»Joe y Vick han sido muertos por esos hombres. Tú lo has mandado, por servir a Makko. ¿Y qué derecho, tienes tú sobre las vidas de esos hombres? ¿Ignoras que tienen amigos y parientes, esposa e hijos, como Joe? ¿Ignoras que matándole a él vuelcas el dolor sobre el corazón de los suyos, la miseria en sus hogares, el odio y la desesperación?

»Somos frágiles, Jong. Debes saberlo. Carne y hueso, como este pequeñín indefenso que no me tiene más que a mí, su madre, para que le cuide y le alimente. Él está desprovisto de medios de defensa... ¡Míralo, Jong; es tu hijo! Ha nacido de nuestro amor y te lo muestro para que veas lo que ha hecho Makko de nosotros.

—Por favor, Zhara. Eres injusta conmigo —musitó Jong—. Parece que me acusas de ser responsable de todo.

—Te acuso de no rebelarte contra Makko como he hecho yo.

—No puedo hacerlo, aunque sé que pagaré las consecuencias de tus actos irreflexivos.

— ¿Por qué dices eso, Jong? Te aseguro que he meditado muy bien mis actos.

— ¿Por qué no me has consultado?

—Quise hacerlo. A nadie me habría confiado mejor que a ti. Pero tú rechazaste de plano mis insinuaciones y hube de optar por actuar a mi modo. No me dejaste otra alternativa. Temí por mi hijo, que es lo que más quiero en todo el universo.

»¡Míralo, Jong! ¿No es precioso? ¿Puedo permitir que Makko disponga de él como un ser más, entregándolo para convertirlo en un ser amorfo, sin personalidad, sin ideas y sin ilusiones?

—Empleas un lenguaje extraño, Zhara. Y lo que me sorprende es tu ingenuidad. ¿Es que crees, acaso, que habiéndote mutilado ya estás libre de Makko?

—Eso me frenaba. Estaba segura de que quitándome el anillo, moriría en el acto. Makko no amenaza en vano. Por eso me corté el dedo. Ahora estoy fuera de su alcance y no puede controlarme.

— ¡Pero lo hará «Klep»! —exclamó Jong—. Al haber perdido tu control, informará a Makko, quien le dará orden de eliminarnos a los dos, por haberle traicionado.

— ¡Yo no he traicionado a Makko! ¡Él traicionó a mis padres, sacándolos de este mundo y llevándolos al suyo para inculcar en mí sus nocivas doctrinas! Yo he recobrado la libertad que perdieron mis padres y me rebelo contra Makko, ya que ellos no pudieron hacerlo.

—Tú no has conocido a tus padres.

— ¿Y debo odiarlos por eso? Al contrario, los amo mucho más porque sin ellos no estaría yo viva, y eso me demuestra que debieron ser muy

desdichados. Yo no quiero correr la misma suerte. Deseo estar con mi hijo, verle crecer, atenderle cuando se sienta mal, alimentarle, cuidarle, saber que es mío... ¡Lo mismo que hacen todas las madres del inundo!

Jong empezaba a dudar de sí mismo. Intuía que Zhara le estaba diciendo cosas que él no podía comprender, porque ni siquiera se había detenido a meditar. Pero la mayoría de las razones expuestas casi febrilmente por ella no podía discutirlas.

Le gustaba contemplar aquel niño que dormía en brazos de su madre. Era algo, inefable, tierno, sincero. Un bebé nacido de Zhara y de él. Y se sentía con deseos de quitárselo a Zhara y mecerlo.

Jong también pensaba en Makko, en Jack Ames, en el coronel Mayer y en todo lo que tenía ya hecho en Nueva York y que le llevaría a ostentar el poder a un plazo fijo, para cumplir así la orden dada por el jefe extraterreno.

Teniendo en cuenta todo esto, musitó:

—No puede ser, Zhara... Debo informar a «Klep» de tu deserción.

—Hazlo. No seré yo quien intente impedírtelo. Pero piensa en lo que va a ocurrir. Me ordenarán ir a la Base Operacional y me negaré. Ya no estoy supeditada a ellos. Soy libre, como todos los mortales. Será necesario recurrir a la fuerza o aniquilarme. Y tu hijo quedará sin madre porque tu «obediencia» ciega la ha matado. Yo moriré y conmigo morirá el pequeño. Tú seguirás viviendo. Recibirás nuevas órdenes y hasta puede que una nueva compañera... ¡Pero en tu conciencia siempre estaré yo!

Jong estaba ahora con la cabeza baja, dudando. No esperaba él los argumentos irrebatibles de Zhara. Por vez primera empezó a sentir la verdad de cuanto ella le decía y su mente zozobró, insegura, inestable y dubitativa.

—No sé si tienes razón, Zhara. Pero no debías pensar así. Makko nos ha devuelto a La Tierra, dándonos una situación de privilegio. Tenemos cuanto apetecemos y deseamos. Todos nuestros deseos son satisfechos en el acto. Ya te he dicho que también sé y me gusta hacer el bien, porque no perjudico a Makko.

—Tú no le perjudicas, bien; ¡pero él sí te perjudica a ti! —gritó Zhara—. No eres más que su instrumento. Le sirves del mismo modo que uno de esos circuitos catódicos que él mismo, o sus robots, le han aplicado.

»¿Quién es Makko? Tú lo sabes tan bien como yo. Es la máquina perfecta de pensar. Un ser creado por algo ya extinguido. Un robot completo, que ha ido evolucionando hacia un sentido más bien falso de la realidad.

»Yo no sé hasta dónde llegará la humanidad en su progreso. Quizás superemos a Makko con el esfuerzo de todos y a fuerza de transcurrir siglos. Entonces, la raza humana será más fuerte que él y nosotros nos sentiremos orgullosos de haber contribuido a su esfuerzo, porque habremos aportado un grano de arena más a la cadena interminable de la evolución.

»Serán nuestros descendientes más fuertes que Makko. El bien se impondrá sobre el mal y la verdad sobre la mentira. Es cierto, Jong; y nuestro deber es contribuir a ese logro. Somos de aquí, aunque naciéramos en

«Kodi-109» por nefasto designio de Makko... ¡Y debemos luchar por nuestra raza!

* * *

Jong se acercó al lugar donde le esperaban Henry Mayer y sus hombres, mostrando su mano derecha rígidamente abierta. El sol arrancaba destellos al anillo que circundaba su dedo anular.

—Oiga, Mayer. La doctora Dewey no puede estar muy lejos. Salió por la parte trasera de la casa cuando llegaron ustedes. Deseo que la busquen y la traigan... ¡viva! Ha de hacerme una amputación de este dedo.

— ¿Qué? ¡A su esposa también...!

—Se lo explicaré todo, coronel Mayer —habló Jong con voz firme—. Usted conocerá mi historia antes que nadie. Pero es necesario encontrar a la doctora Dewey. ¡Vayan cuanto antes!

—Sí, señor Chidra —respondió Mayer, para volverse a sus hombres—. Ian, tú conducirás el aparato y volarás a baja altura, sobre los árboles. Estaremos en contacto por radio. Si descubres algo, nos avisarás y acudiremos donde tú estés. Esa mujer no ha podido alejarse mucho.

El grupo se puso en marcha inmediatamente, a la vez que Jong regresaba a la casa, reintegrándose al lado de su mujer, a la que abrazó estrechamente, sin hablar.

— ¿Ya la buscan? —preguntó Zhara.

—Sí —pareció gemir él.

—No debes temer nada, Jong. Y hazme caso. «Klep» no debe saber nada. Podemos seguir utilizando sus servicios, como si todo fuese bien. Es el único modo de preparar las cosas. Nos pondremos en contacto con las autoridades...

— ¿Y qué nos harán?

—Nada. Nos necesitan.

—A Mayer le dará un disgusto saber que no va a percibir ni un solo dólar.

—Hay gente como Mayer, de los que debemos desconfiar. Carecen de escrúpulos y no dudarían ni un segundo en aliarse con el mismo diablo —observó Zhara—. En cuanto a Jack Ames, lo mejor es decirle la verdad. Se sorprenderá, pero será un buen colaborador nuestro.

—No —replicó Jong, tajante—. Si hemos de hacer las cosas bien, será conveniente que sepan la verdad solo aquellas personas que puedan ayudarnos a destruir los planes de Makko. El otro día me presentaron al general Govern. Me pareció un hombre honrado... Y, desde luego; intentaré hablar con el Presidente del Consejo Mundial, doctor Kiensgorf. Es preciso neutralizar a los infiltrados.

Jong y Zhara tenían muchas cosas de qué hablar. Mientras ella amamantaba al bebé y él le hacía caricias, se pusieron de acuerdo sobre los pasos que era necesario dar. Jong estuvo de acuerdo en todo, por vez primera, con su mujer. En él se había producido también el fenómeno de la paternidad, la vuelta en sí mismo, la verdad incuestionable que era preciso afrontar con

realismo.

—Hemos de actuar juntos, Zhara. Si obramos con la debida cautela, podemos incluso convencer a nuestros compañeros. Puedo ir a ver a Kerre, que está en California, introduciéndose en la política. Merke y Eutedi están en Europa. Creo que todos ellos se pasarán a nuestro bando. Una vez, allá en «Kodi-109», Merke me dijo algo que me hizo pensar. Yo no podía escucharle entonces, pero ahora que tú me has abierto los ojos...

—Es que no existe otro modo de ver la situación, Jong. Somos originarios de La Tierra. Los humanos son hermanos nuestros y necesitan nuestra ayuda. Es preciso dársela.

* * *

Henry Mayer entró acompañando a una asustada Jenny Dewey. Sus agentes se quedaron fuera.

—La encontramos —declaró el jefe del Departamento de policía, radiante —. Estaba desorientada en medio del bosque.

— ¡Por favor, Sue! —exclamó la doctora—. No permitas que me hagan ningún daño.

—No temas, Jenny —dijo Zhara—. Dile a ese hombre que salga, Man.

Jong, que había examinado a Jenny de pies a cabeza, tomó a Mayer del brazo, diciéndole:

—Le ruego que aguarde afuera un poco más, coronel.

— ¿De veras piensa amputarse el dedo?

—Sí. Luego sabrá por qué.

— ¿No piensa tomar medidas contra ella? Está reclamada por...

Jong le atajó con un gesto.

—Lo sé todo. Fue mi esposa la que ideó la broma. De verdad, Mayer. Lo mejor será que regrese usted a Nueva York con sus hombres. Yo permaneceré aquí unos días, con mi mujer y mi hijo. Luego, iré a verle.

—Lo que usted mande.

— ¡Ah, y diga al senador Rowlings que no seguiré apoyándole en su candidatura!

— ¿Cómo?

—Sue me ha convencido de que Rowlings no es el mejor candidato.

— ¿A qué viene ese cambio?

—Lo comprenderá a su debido tiempo, coronel Mayer. No me opondré a la candidatura del secretario Bryan.

—Pero si... ¡hay orden de detención contra él!

—Se anulará. Es inocente. El culpable de todo soy yo.

— ¿Usted?

—Sí. Yo ordené asesinar al gobernador Clifford, y el homicida está descansando en Europa. Es cierto lo que digo y yo demostraré a su debido tiempo, Mayer.

—No puedo creerlo.

—Créalo, Mayer —dijo Jong, sacando del bolsillo su caja vibradora—. Y le aconsejo que desaparezca usted cuanto antes. Presente su dimisión y vuele lejos de Nueva York. No sé lo que va a suceder conmigo, pero he de decir la verdad de todo y usted no saldrá muy beneficiado.

Mayer no se movía ya, como si se hubiera convertido en piedra. Su semblante carecía de expresión y sus ojos estaban inmóviles.

—Habrá una convulsión en su día, Mayer. Pero, tal vez nadie se entere de la verdad, cuyo secreto quedará reservado a unos cuantos personajes del Consejo Mundial.

»Usted ha aceptado mi ayuda, siendo yo un instigador que pretendía minar la ley y la seguridad del planeta. No le importó averiguar mis intenciones, ni tampoco el ocultar pruebas. Creo que no debió comprender el exacto alcance de mi propósito.

»Eso se paga, Mayer. Váyase y desaparezca. Su carrera política ha terminado definitivamente. Ya no le servirá eso de ponerse al lado del más poderoso. El cohecho es un delito punible.

Cuando Jong terminó de hablar, se guardó la placa vibradora en el bolsillo y dio media vuelta, regresando a la habitación donde estaban Jenny y Zhara.

El jefe del Departamento de Policía, como hipnotizado, dio media vuelta, y abandonó la casa.

Nadie más volvería a saber de él.

## Capítulo VIII

Una semana después, Jong, acompañado de un circunspecto y grave Jack Ames, entraba en el palacio de la Gobernación, donde un grupo de hombres le rodeó, para acompañarle hasta la sala especial de conferencias del estado, donde estaba el gobernador Bryan, un ministro del gobierno federal y varios representantes del Consejo Mundial, todos ellos muy conocidos y prestigiosos.

El propio gobernador Bryan se adelantó y estrechó la mano de Jong con calor. Aquel hombre significaba ahora la liberación, aunque tras él se encerrase un tremendo peligro.

Deliberadamente, Jong no se había teñido la piel.

— ¿Falta alguien? —preguntó Jong, mirando en derredor.

—Sí, los generales.

—Bien. Podemos esperar.

— ¿Es cierto que nació usted en otro planeta no explorado por la Asociación Mundial del Espacio? —preguntó uno de los consejeros mundiales.

—Es cierto, señor Pommer. Pero le agradeceré que no me pregunte nada hasta que no estemos todos reunidos.

En aquel preciso instante, la puerta se volvió a abrir para dar paso a cuatro altos jefes militares, que venían acompañados de sus respectivos edecanes, y que representaban a las fuerzas armas. Todos ellos saludaron militarmente, fijándose, con particularidad en Jong, para luego, ir a ocupar sus respectivos asientos en torno a la gran mesa de la conferencia.

Cuando estuvieron todos sentados, el gobernador Bryan tomó la palabra, diciendo:

—Caballeros, todos ustedes han recibido mi comunicación y saben algo del grave asunto que vamos a tratar aquí. El señor Chidra me explicó cuál era la misión que le trajo a nuestro planeta y las razones poderosas que le han inducido a cambiar de planes y pasarse a nuestro lado.

—Si no le importa, señor gobernador —intervino uno de los generales, severo—, quisiéramos escuchar de labios del señor Chidra todo lo ocurrido.

Todos los rostros se volvieron a Jong, quien estaba musitando algo al oído de Jack Ames.

—Sí —habló Jong, al cabo de pocos segundos—, no les he mentido. Soy una especie de agente, de origen terrestre, preparado y adiestrado en un mundo distante, llamado «Kodi-109», para realizar una importante misión aquí en La Tierra.

»Llegamos aquí hace poco más de un año. Éramos cincuenta parejas y cada una de ellas debía instalarse en una de las cincuenta urbes más importantes del globo. A mí y a mi esposa nos asignaron Nueva York.

»Tomamos tierra en una pequeña isla del Pacífico, llamada Tagú y desde ella nos trasladamos, en buque, a las Hawai, de donde pasamos aquí en avión.

»La mayoría de ustedes saben ya cómo he ido introduciéndome en las altas esferas políticas, hasta el extremo de apoyar la candidatura de un senador acabado, como es Rowlings.

»Yo adquirí la pequeña granada atómica que acabó con la existencia del gobernador Clifford y pagué la mano ejecutiva. Necesitaba un cambio en la gobernación y lo obtuve. Luego arremetí contra el secretario Bryan, proporcionándole pruebas acusadoras, y casi estuve a punto de hacerle encerrar.

»Fíjense en mi mano derecha. Me falta el dedo anular. El señor Ames, administrador mío, sabe dónde está el dedo que me falta y el anillo metálico que llevaba puesto. Es muy importante que ustedes se fijen y observen en varios objetos que el señor Jack Ames va a mostrarles.

Al decir esto Jong, Ames abrió su cartera metálica y extrajo cuatro objetos extraños. Uno era una cajita metálica, de las empleadas para pequeñas jeringuillas hipodérmicas. Sacó también la placa vibratoria propiedad de Jong, un objeto enteramente desconocido de todos los reunidos, de extraña forma y un pequeño aparato metálico, color gris acerado, todo lo cual dejó sobre la mesa.

—Esto, caballeros, son objetos que el señor Chidra me ha entregado para su custodia —habló Jack Ames—. Les ruego que los examinen. Dentro de esta cajita está el dedo y el anillo del señor Chidra, al que también podemos llamar Jong.

— ¿Qué es eso? —preguntó el general Govern.

—El anillo contiene un potente radioemisor. Esta especie de vieja pitillera verde es un curioso vibrador que adormece e hipnotiza a un tiempo. Esto otro es un arma de alto poder desintegrante, que dispara algo parecido a un rayo «láser». Y este otro aparatito sirve para autodestruirse uno mismo, en caso de fracaso. El señor Chidra desaparecería sin dejar huella con solo presionar esta punta corredera.

— ¿Está comprobado todo eso? —preguntó uno de los consejeros.

—Está aquí a la disposición de ustedes —habló Ames—. Jong me lo ha confiado para no tenerlo en su poder.

—Me gustaría conocer alguno de los efectos que eso pueda producir —declaró otro consejero mundial—. Soy escéptico por naturaleza. Si eso es extraterrestre y posee una ciencia y un poder que todavía no conocemos, quisiera comprobarlo,

—Le haré una prueba, señor Pommer —dijo Jong, tomando la placa vibradora—. Escuche un instante. ¿Oye un zumbido?

—Sí.

—Bien, ya está usted dominado por mí. Le ruego que se levante.

El consejero Pommer, ante el asombro de todos los reunidos, se levantó.

—Alce el pie derecho —continuó Jong.

Pommer levantó el pie derecho.

—Ahora el izquierdo, por favor. Pero no baje el derecho —volviéndose a los demás reunidos, Jong añadió—: Ahora verán ustedes algo que rompe todas las leyes de la gravitación.

Efectivamente, el consejero Pommer había quedado suspendido en el aire.

—Camine, por favor —añadió Jong.

El consejero caminó en el aire, como si las moléculas se hubiesen convertido en un piso para él. Los que presenciaban aquella prueba, inmóviles, no daban crédito a lo que estaban viendo.

—Es suficiente, señor Chidra —dijo el general Govern—. Hágale volver a

su asiento.

Pommer se paseó por encima de la mesa, sin tocar su superficie, ante el estupor general, para luego ir, completamente rígido ya, hasta donde estaba su asiento y descender para sentarse. Entonces, exclamó:

— ¡Me he dado cuenta de todo! ¡Eso es increíble! ¿Cómo lo ha hecho usted?

—No es magia. La placa vibradora ha accionado un campo magnético en torno a usted, neutralizando la gravedad. Mi poder mental ha hecho el resto... ¡Y puedo demostrarles que hay cien personas en este planeta con los mismos poderes que yo!

»Necesito el apoyo de ustedes, sin objeciones. Vine aquí a cumplir la misión que me encomendaron y la inicié. Primero mi mujer cambió de modo de pensar y ahora he cambiado yo también. Soy leal, pero culpable de cuanto ha realizado. Me era imposible sustraerme a Makko, al que debía obediencia ciega.

»Ignoro si todos los que asistimos a esta reunión seremos castigados por Makko. Hay un estado de rebelión o guerra latente, cuyos efectos pueden estallar de un momento a otro.

»Si yo no divulgo el objeto de mi estancia aquí, con el tiempo, la humanidad se habría visto esclavizada y dominada por Makko, de quien abjuro desde ahora y me atengo a las consecuencias que recaigan sobre mí.

»Quiero la comprensión de ustedes, no su ira. No pido recompensa alguna, sino justicia. Yo he realizado parte del proyecto pensado por Makko. Luego, al darme cuenta de mi aberración, me he puesto en manos de ustedes.

— ¿Quién es o qué es Makko? —inquirió uno de los altos jefes militares.

—No lo sé. Algo, o alguien que está fuera del alcance de nosotros. Habrán de pasar años hasta que podamos llegar a «Kodi-109». Se trata de un ser pensante que dirige una serie innumerable de hombres máquinas.

— ¿No le ha visto nunca?

—Sí, muchas veces.

— ¿Y qué aspecto tiene?

—Siempre es distinto. En una ocasión vi una fluctuación espectral en una enorme pantalla. Nos habló en nuestra lengua. Otra vez le vi al extremo de un incandescente corredor, pero entonces era una singular máquina que parecía de cristal. Luego le volví a ver en forma de nebulosa roja y en forma de cuerpo arácnido. En una ocasión solo le vi los ojos y prefiero no acordarme. Y, por si fuese poco, le vi con aspecto humanoide, en la despedida, cuando veníamos hacia La Tierra.

—Eso quiere decir que es un ser que adopta distintos aspectos, ¿no es así, señor Chidra?

—En realidad, yo no puedo decir quién es Makko, ni cómo es, si es natural o no. Es el señor de «Kodi-109» y un gran número de máquinas le sirven. ¿Quién las creó? —Jong se encogió de hombros, terminando—: Ni siquiera estoy seguro de que su existencia sea real, si vive en esta época y en esta

dimensión o en otra distinta... ¡Ni creo que importe!

— ¿Qué es lo que le importa a usted, pues? ¿Salvar su piel rojiza, señor Chidra? —exclamó el general Govern.

—Temo mucho que usted no me ha comprendido, general. Mi piel no le será útil a nadie, ni mi vida tampoco. Lo que me importa es salvar a la humanidad. Imaginen lo que habría sido de todos ustedes si no abandonó mi finalidad y logro hacerme con la gobernación de esta megápolis.

—Es muy discutible que hubiese llevado a cabo sus planes.

— ¡Aún estamos a tiempo de intentarlo! —intervino Jack Ames, furiosamente.

—Por favor, caballeros. Creo que estamos sacando las cosas de su lugar correspondiente —medió el consejero Pommer—. Si el señor Chidra está aquí, y nos ha hecho esa demostración extraordinaria de su científico poder, creo que debemos considerar razonablemente su oferta.

— ¡Nos propone una claudicación! ¡Ese hombre ha matado, extorsionado, mentido, falseado! —exclamó otro general—. No debemos mostrarnos magnánimos con él. Nobleza por nobleza. Él nos dará los nombres de sus cómplices. Los eliminaremos y, muerto el perro, se acabó la rabia.

—Creo que alguien ha cometido un lamentable error al enviarle a usted aquí, general Marwet. Los hombres como usted no solucionarán jamás problemas transcendentales, por ser un individuo mediocre, de mentalidad estrecha —objetó Jong, agriamente—. ¿Qué es lo que se propone? ¿Quiere que le facilite los nombres de mis compañeros en desgracia, les entregue mis defensas personales y luego me arroje a sus pies, suplicante, para que me perdonen la vida, prometiendo no hacer más lo que he hecho?

—Es usted un caso clínico, señor Chidra —barbotó el general Marwet—. Creo que estaría mejor en el laboratorio médico del estado.

— ¡Y usted merecía caer en poder de Makko! —chilló Jong, fuera de sí—. ¡Estoy seguro que no actuaría como yo, sino que pugnaría por realizar todo lo que le hubiesen mandado!

— ¡Makko habría tenido que matarme allá!

—Calma, por favor —intervino el gobernador Bryan—. Creo que hemos tropezado con el primer escollo desagradable.

— ¡Este hombre se nos entrega sin condiciones! —exigió el general Marwet.

—Todavía estoy en condiciones de luchar, general —respondió Jong, asiendo el arma que tenía ante sí.

Jack Ames le sujetó el brazo, suplicante.

—Serénate, Jong. Esto no se arregla así.

El general Marwet apretó un pulsador electrónico que llevaba en el bolsillo y, inmediatamente, por tres puertas que daban a la sala, aparecieron piquetes de soldados armados.

Los reunidos en la conferencia se pusieron en pie, alarmados. Solo Jong y Jack Ames quedaron quietos.

— ¡Detened a ese hombre y esposadlo! —gritó el general Marwet, secamente.

Las tropas se acercaron. Un consejero gritó:

— ¡Esto es inicuo! ¡Es una traición! ¡Estamos conferenciando!

—No podemos darle trato justo, sino de traidor. Le escucharemos cuando esté encadenado.

— ¡Basta! —gritó Jong, levantándose y alzando la placa vibratoria—. He pedido justicia y no me la han dado. Ahora me la tomaré yo... ¡Quietos ahí!

El tenue zumbido de la placa provocó la parálisis de la tropa. También los consejeros, incluyendo a Jack Ames, ante el doble conjuro de las ondulaciones hipermagnéticas y la voluntad sobrehumana de Jong, quedaron inmóviles.

— ¿Qué se han propuesto? —preguntó Jong, dirigiéndose en particular al general Marwet.

El aludido movió los labios para decir:

—Es usted el diablo, señor Chidra.

— ¡Imbécil! —gritó Jong, descompuesto—. Este es mi poder. Podría incluso, paralizar toda la urbe. ¿Por qué no me cree?

—No podemos admitir imposiciones. Usted nos ha declarado cuál es su misión. Déjese arrestar y ser juzgado. No soy yo quien debe juzgarle. Convenza a un jurado, al pueblo, a todos. Pero no así, por la fuerza, con instrumentos contra los que no podemos defendernos.

»Ese es mi punto de vista y así siento. Si es usted lo suficiente honrado para desertar de la misión que le fue encomendada, porque se le ha despertado la conciencia terrestre y humana, denos sus armas. Nosotros las utilizaremos.

»Indefenso, sin riqueza ni poder, sométase a la justicia de los hombres, puesto que conoces nuestras leyes. Se le escuchará, se le defenderá y se le acusará, como marca la ley.

Jong vaciló por vez primera. Lo que el general Marwet le decía, era justo.

— ¿Y los otros enviados de Makko?

—Debe usted denunciarlos. Nosotros nos ocuparemos de todo.

— ¡Fracasarán y no podrán arrestarlos!

—Eso no importa mucho, después de todo. Lo importante es hacer fracasar al que usted llama Makko. Hágame caso, señor Chidra, o Jong, como quiera. Devuelva la movilidad a la tropa, déjese prender y póngase en manos de la justicia.

La altivez de Jong terminó por doblegarse. Pareció como si el espíritu de Zhara le hubiese aconsejado moderación, sumisión y calma. Y abatió su mano, optando por dejar en libertad de movimientos a todos cuantos le rodeaban.

Un instante después, la tropa le reducía, sujetándole y sacándole de la sala de conferencias, en cuya mesa quedaron todos los objetos de origen extraterrestre, que nadie se atrevía a tocar.

—Bien —exclamó entonces el general Marwet—, ahí tiene usted un caso

importante, abogado Ames. De acuerdo con nuestras leyes, luche usted por defender a ese hombre. Nosotros nos encargaremos de que no comparezca solo en el banquillo. Y, si hubiese modo, nos gustaría también procesar a Makko.

—Mucho me temo que la ley no ha previsto estos casos, general Marwet —declaró Jack Ames, empezando a recoger su maletín—. Jong es condenable, pero habremos de redactar nueva jurisprudencia, porque la ley es para los habitantes de este planeta, no para los que llegan de mundos desconocidos.

»De todos modos, defenderé a Jong y sea lo que Dios quiera.

* * *

Jong fue encerrado en la prisión del estado. Aquella misma tarde, Zhara fue llevada a su lado, permitiéndosele permanecer con él en la misma celda.

Se abrazaron, después que ella hubo dejado al pequeño Mike en la litera, pero ni una lágrima surgió de sus ojos.

—Algo me dice que es mejor así, Jong. Cuando salgamos de aquí, la ley nos amparará.

—Quieren hacerme un proceso. Será grotesco, Zhara... En el fondo, los hombres son ridículos. Estuve a punto de destruirlo todo. Enfurecí, porque yo también soy humano. La soberbia de aquel general me cegó. Luego, reflexioné y depuse mi actitud.

—Hiciste bien, Jong. Yo hubiese hecho lo mismo. Además, he facilitado cuantos datos me han pedido los agentes del gobierno, para que se detenga a nuestros compañeros.

—Jack tenía la lista de todos ellos —añadió Jong, yendo a sentarse junto al niño—. ¿Y tú qué dices a esto, terrestre?

El bebé sonrió, agitando sus pequeñas manos.

—Tengo gran ilusión por este niño, Jong —murmuró Zhara—. Nos ha costado un dedo, pero hubiésemos dado también la mano.

—Sí, amor.

—No estés triste, Jong. Verás como todo se arreglará.

—Confiemos en eso.

No pareció arreglarse en los días que siguieron.

Al tercer día, un grupo de agentes de uniforme les obligaron a salir de la celda, para ser trasladados a una penitenciaría especial, enclavada lejos de la urbe, donde vigilaban tropas del ejército.

Fueron llevados allí en helicoplanos especiales, de la policía. Un coronel del ejército se hizo cargo de ellos, saludándoles respetuosamente, a la vez que decía:

—Aquí se encontrarán bien, y no estarán solos. Ya tienen diez compañeros esperándoles.

Jong, al oír esto, sintió que se le encogía el corazón. Luego, el ser conducidos al interior de la prisión, se encontraron con algunos de sus

antiguos compañeros de escuela, en «Kodi-109», y todos ellos tenían la piel rojiza.

Había cinco mujeres y cinco hombres. Dos de ellas estaban en estado de buena esperanza y, al ver a Zhara con Mike en brazos, corrieron hacia ella, llenas de alegría.

Por su parte, habiendo reconocido a su antiguo amigo Kerre, Jong fue hacia él y le estrechó la mano.

— ¿Sabes por qué estás aquí, Kerre? —preguntó Jong.

—No. Algo debió de salir mal y nos han descubierto. Lo siento por Makko, para quien esto significa un nuevo fracaso.

—No, Kerre; he sido yo quien informó a las autoridades de Nueva York. Mirad mi dedo.

Todos ellos iban aún con el anillo de comunicaciones en el dedo anular. Y se asombraron de que Jong se lo hubiese quitado.

—Me corté el dedo para librarme de Makko.

— ¿Por qué has hecho esto, Jong? —quiso saber uno de ellos.

— ¿Y me lo preguntas, Merke?

—No acabo de comprender. Tu acto significa la muerte de todos nosotros.

—No lo creo, Merke. Pero, aunque así fuese, ¿qué significan las vidas de todos nosotros, comparadas con los veinte mil millones de seres humanos que alientan en este planeta y que son congéneres nuestros?

»¿Qué iba a ser de todos ellos si nuestro plan se realiza?

—Makko aseguró que salvaría a la humanidad, la armonizaría, la igualaría... —empezó a decir otro.

—Oídme todos. ¿Quiénes somos nosotros? ¡Pensad eso! Nacimos allá, porque Makko hizo raptar a nuestros padres. Nos educaron para realizar una misión en contra de nuestros propios hermanos. Y habéis visto cómo vive la humanidad.

»Intentar modificar la estructura social es una insensatez. Makko está en el error más abyecto de todos los circuitos. No conoce a los hombres más que por los informes anormales que ha recibido de sus robots.

»Si al rico despoja de su fortuna y la reparte, a los pocos años habrán de nuevo pobres y ricos. Es imposible que todos los habitantes de este planeta sean arquitectos, o que todos sean médicos, porque existen otras profesiones necesarias para la vida común. Será preciso tener hombres en los campos de cultivo y hombres en las salas de máquinas. Por lo tanto, no realizarán las mismas funciones y serán distintos.

»La armonía que Makko pretende establecer aquí existe ya de modo muy distinto a como él la ha concebido. No quiere hombres que piensen, sino máquinas de carne y hueso, ¡y eso no puede ser, creedme!

Sus compañeros le escuchaban cabizbajos. Alguien musitó:

—Creo que tienes razón, Jong... Y seguiré tu ejemplo, desprendiéndome de este anillo fatal, a través del cual Makko puede destruirnos en el momento que se le antoje.

— ¡Y yo también me cortaré el dedo! —exclamó Kerre—. Jong tiene razón. Nosotros no somos máquinas como «Klep». Si hemos de luchar contra alguien, que sea contra Makko... ¡Somos seres humanos, hijos de este planeta!

El coronel jefe de la prisión se alegró cuando los detenidos pidieron que les fuesen amputados los dedos anulares de la mano derecha.

Y la operación se realizó aquel mismo día.

## Capítulo IX

Noventa y ocho procesados comparecieron ante el tribunal especial, nombrado por el Consejo Mundial, que estaba compuesto por hombres de leyes y militares, dado el cariz de operación bélica que se había dado a la infiltración de los enviados de Makko. La pareja que faltaba se había sacrificado a sí misma antes de ser arrestada.

Los agentes especiales del ejército habían actuado rápida y eficazmente, deteniendo a todos los intrusos y conduciéndolos a la penitenciaria de Levenport.

Ahora, noventa y ocho personas se sentaban en tres largas filas de asientos, frente a sus jueces.

Jack Ames y otros abogados ocupaban un estrado situado a la derecha. Eran veinte hombres que hablarían y discutirían ferozmente para defender a los acusados. Sin embargo, frente a ellos, tenían a dos fiscales, uno civil y otro militar, que estaban reputados como los hombres más punzantes y agresivos de América.

Había también un gran «jury», compuesto por cuarenta y ocho personas, procedentes de muchas ciudades del mundo, y que habían sido convocados allí para formar parte del jurado. Eran hombres y mujeres serios, preocupados,

casi inquietos, que habían sido advertidos, previamente, del caso que iban a juzgar.

Cuando todos los procesados —¡que mostraban sus manos mutiladas, sin excepción!— estuvieron en sus puestos, vigilados por una fila de soldados armados con fusiles desintegrantes, hizo su entrada el tribunal.

Luego, su presidente dio lectura a un preámbulo explicatorio y formuló una pregunta que iba dirigida a todos los procesados.

—Se les acusa de complot para modificar la estructura social de este planeta. Por favor, contesten de uno en uno, por orden, de izquierda a derecha y empezando por la primera fila.

Se levantó un joven de piel rojiza. Su voz era firme al decir:

—Inocente.

Sus restantes compañeros, entre los que estaban Jong y Zhara, contestaron del mismo modo.

Acto seguido, y ante la curiosidad general, el presidente autorizó al doble ministerio fiscal a presentar la acusación. Y, primero el fiscal militar y luego el civil, ambos hombres se extendieron en consideraciones casi fantásticas, para presentar a los noventa y ocho acusados como engendros creados en otro mundo para venir a perturbar la paz de La Tierra.

—Esos hombres, a quienes no debemos llamar así, han podido dominar nuestro mundo. Tenían medios y poder para ello. No lo han hecho y no quiero conocer las causas. Eso no importa. Lo que importa es que no son iguales que nosotros, que su mente y su formación es distinta —el fiscal militar gesticulaba y miraba a los acusados con deliberado desprecio—. Han dicho que se les educó desde niños, que se les adiestró y se les preparó para lo que iban a realizar entre nosotros. Han dicho que sus padres fueron raptados en nuestro planeta... ¡Y eso no puede ser más falso!

»Estos seres que hoy aparecen entre nosotros nada tienen que ver con nosotros. No son terrícolas y lo que ellos llaman escrúpulos de conciencia puede ser una añagaza inconcebible para conquistar nuestra simpatía.

»Ya, desde el principio, se valieron del engaño y la mentira para asentarse entre nosotros. Tenían que teñirse le piel, para que su extraña y sospechosa coloración no les delatase.

»Eso era un grave problema, que se acentuó al nacer el primero de sus hijos, y al cual no se atrevían a teñir, porque algún sentimiento han de tener hacia sus descendientes, ya que son tan parecidos a nosotros.

»Pero todo eso me induce a creer que solo se proponían obtener nuestro reconocimiento, nuestra simpatía y nuestro consentimiento. Es lógico. Si aceptamos que son víctimas de algo enteramente desconocido e inexistente, y les damos albergue entre nosotros, no tendrán necesidad de ocultarse ni teñir la piel de sus hijos. Eso les dejaría más libertad para moverse entre nosotros.

— ¡Protesto! —gritó Jack Ames, levantándose—. El señor fiscal está realizando un juego de palabras para confundirnos a todos, puesto que si mis defendidos revelan sus propósitos al entregarse, poco daño podrían hacernos

después.

— ¿Y cómo sabe usted cuáles son sus verdaderos propósitos?

—Nos han entregado sus armas.

— ¿Está seguro que no tienen más, ocultas en otro lugar, a la espera de ser puestos en libertad? —retrucó el fiscal.

Jong escuchaba aquel cambio de frases desde el banquillo. Un nefasto presentimiento le embargaba.

—Creo que esto terminará mal —musitó al oído de Zhara, que se encontraba sentada a su lado.

—No te preocupes. Cuando hable Jack desvirtuará todo lo expuesto por el fiscal, que es una sarta de disparates.

— ¿Y si lo desvirtúa? Ese hombre me parece muy peligroso.

—La ley es la ley, Jong.

— ¡Silencio! —ordenó uno de los guardias situados a su espalda.

El presidente del tribunal también hizo sonar su timbre para acallar la intervención ilegal de Jack Ames, a quien dijo:

—No puede usted interrumpir, mientras habla la acusación. Luego tendrá ocasión de replicar.

—Perdón, señor.

El fiscal continuó su discurso. Describió a los acusados como asesinos, criminales científicamente educados para realizar su perversa misión, que, según él, era el exterminio total de todo el planeta.

— ¡Sí —gritó—, su propósito era acabar con todos nosotros! Necesitan nuestro mundo para su expansión. Y no quieren convivir pacíficamente con nosotros. Su proyecto era de conquista y exterminio. Se creen una raza superior, superdotados. Nos consideran inferiores. Han conseguido montañas de dinero y han puesto en peligro nuestra economía.

»El arma esgrimida no ha podido ser más artera. Con dinero han comprado hasta las conciencias de los que ahora, traidoramente, se disponen a defenderlos. Esa es la prueba más concluyente.

»Yo puedo señalar a los abogados que, vendidas sus conciencias, han acudido aquí a defender a los que ni en justicia, ni por humanidad, porque no son como nosotros, merecen ser defendidos.

— ¡Protesto por este deliberado insulto! —gritó un abogado, levantándose —. Yo, al igual que mis colegas, he venido aquí porque, en conciencia, creo que estos seres merecen nuestra conmiseración, nuestra comprensión y nuestra ayuda.

— ¡Basta! —exclamó el presidente del tribunal—. No permitiré una nueva interrupción. Ordeno al señor fiscal que cese en sus ataques personales contra miembros de la academia de doctores en leyes.

—Perdón —dijo el fiscal—, mi pasión por la verdad me ha llevado a esta disquisición. Concedo que la conciencia de la defensa es importante. Pero me atengo a lo dicho. Concretamente el abogado Jack Ames, de Nueva York, era hace poco más de un año, un abogado sin ingresos. Y sé que ha percibido

varios millones de dólares.

— ¡Yo ignoraba entonces qu...!

El timbre del presidente hizo callar a Jack Ames.

—Una nueva reiteración y haré suspender en sus cargos al fiscal y a la defensa.

Entonces Jong, sentado en el banquillo, comprendió que el juicio sería largo y el resultado final sería fatal. Así se lo indicó a Zhara, musitando:

—Temo que esto acabará mal. El fiscal está envenenando el aire de la sala.

Zhara no replicó.

Sin nuevas interrupciones, el fiscal reanudó su perorata, lanzando diatribas y denuestos contra los acusados, a los que calificó de ser el peligro mayor que había, tenido jamás la humanidad, para terminar diciendo, solemnemente:

— ¡Y pido que todos ellos sean ejecutados lo antes posible, por considerar que, incluso detenidos y desarmados, pueden ser peligrosos para nosotros...!

El juicio habría de durar varias semanas, en prolongadas sesiones diarias. Al terminar cada sesión, se despejaba la sala del tribunal y los procesados eran devueltos a su encierro, donde comían y comentaban los cambios y avatares del proceso. El optimismo abandonaba ya a todos.

Jack Ames y sus colegas se esforzaban con denuedo en presentar a sus defendidos como benefactores de la humanidad, que se habían sacrificado, amputándose todos el dedo anular de la mano derecha, para librarse del castigo de Makko.

Pero también el fiscal, turnándose en los discursos con su colega, refutaba aquello e insistiendo en la pena de muerte inmediata para todos los alienígenas.

Luego se presentaron los testigos y se escucharon a varias docenas de ellos, cuyas declaraciones se repetían. Habló la doctora Jenny Dewey, y su declaración fue una defensa ferviente de Zhara.

—Me pareció una madre atribulada, con sentimientos más humanos que los míos.

— ¿De veras, doctora Dewey? —ironizó el fiscal—. Y para atenderla desinteresadamente, fingió usted haberse suicidado, arrojando un cadáver desde la ventana de su apartamiento.

— ¡Yo no fui! —gritó Jenny—. Fue Sue, digo Zhara, la que obtuvo el cuerpo en el depósito y lo vistió con mis ropas.

— ¿Cuánto dinero recibió usted por este fraude criminal y macabro?

Jenny Dewey rompió a llorar y no pudo seguir declarando.

Se llamó también al senador Rowlings, cuyo escaso prestigio político quedó destruido allí, ante las hirientes palabras del fiscal militar, quien pulverizó materialmente al hombre con una serie de preguntas que le dejaron trémulo y aniquilado.

También habló Laurie Gray, en un alarde de valor, desafiando al fiscal bravamente y jurando ante Dios que Jong y Zhara habían sido honrados en su conducta. No hubo forma alguna de envolver a Laurie.

—No, señor fiscal. Yo intuí que algo extraño ocurría con el matrimonio Chidra, a los que por razón de empleo debía fidelidad. De secretaria del abogado Ames ganaba poco. Quería casarme y aquella excelente y maravillosa oportunidad me abría todas las puertas.

— ¡Siempre el dinero, acallando conciencias! —terció maliciosamente el fiscal.

—Nada de eso —exclamó Laurie—. Si yo hubiese sabido quiénes eran, me habría puesto a su servicio sin percibir ni un centavo. ¡Y usted habría hecho lo mismo!

El fiscal quedó un tanto cortado, pero se repuso pronto, para dar por terminado el interrogatorio, requiriendo la presencia del coronel Henry Mayer, quien se sentó en el estrado, prestó juramento y miró con cierto desprecio a los procesados.

—Yo me enteré de que se fraguaba algo contra la seguridad del planeta al ser informado de una serie de hechos anormales que ocurrieron a raíz del asesinato del gobernador Clifford —dijo Mayer, cínicamente, contestando a la pregunta del fiscal—. Inmediatamente, mis sospechas se dirigieron hacia el señor que se hacía llamar Manfred Chidra, con quien me entrevisté, a fin de averiguar algo más concreto. Le hice preguntas tan directas y le acorralé de tal modo, que él utilizó contra mí su maldita placa vibratoria y dominó mi voluntad. Lo que hice en tal estado de hipnosis creo que fue horrible, pero juro ante la ley, que es lo que más respeto, que ignoraba totalmente lo que hacía.

—Se le ordenó asesinar a dos personas, coronel Mayer. ¿Lo sabe?

—Sí. Me lo han comunicado después. Debí matar supongo. Pero el responsable solo es Manfred Chidra.

—Gracias, coronel Mayer. Su valiosa declaración, viniendo de un funcionario de tal altos méritos, constituye aquí un testimonio de inestimable valor. Ruego, pues al jurado, que lo tenga en cuenta.

Allí debió decidirse el destino de los procesados. El juicio tomó entonces un sesgo peligroso que la defensa no pudo enderezar por mucho que se esforzó. Y lo peor fue que Jack Ames quedó afónico de tanto gritar, en su discurso, y la parte importante que guardaba para el final, hubo de ser leída por uno de sus compañeros, quien no puso el calor y la convicción necesaria en su lectura, aburriendo al jurado y despertando bostezos entre los miembros del tribunal.

* * *

—Esto va mal, Zhara —dijo Jong una noche, casi al término del sensacional proceso, mientras descansaban en la celda que compartían, junto con el pequeño Mike—. Jack teme que se acepte le tesis del fiscal Roberts.

—No, ya lo verás. Al final se pronunciarán a favor nuestro... A lo sumo, lo que decidirán será un período de encierro preventivo, para estudiar nuestro comportamiento. Pero la sentencia de muerte no la aplicarán.

—Jack me ha dicho que se ha enterado de un secreto militar.

— ¿Cuál?

—La Base Operacional ha sido destruida con un bombardeo atómico.

Zhara no replicó de momento, mirando al techo con los ojos abiertos. De pronto, preguntó:

— ¿Crees que hice mal al obligarte a entregarnos?

—No, querida. Pero no confío en los hombres. A veces pienso si el fiscal Roberts no tendrá razón al decir que nosotros no somos humanos.

— ¡Ese hombre miente! —exclamó Zhara—. Tú y yo sabemos que miente.

— ¿Y no pudo mentirnos Makko? Yo nací allí, en «Kodi-109», y no he conocido a mis padres.

— ¡No, Jong; no puedes decir eso! ¡Somos iguales que todos los seres de este planeta!

—Iguales, no, Zhara. Nuestra piel es rojiza.

—Eso es debido a las condiciones ambientales de «Kodi-109».

—Mike no ha vivido en esas condiciones y su piel es como la nuestra, Zhara. Mi duda, mi terrible duda, es esta: ¿somos humanos o no?

—Sí, lo somos.

—Pues, si el tribunal estima que no lo somos, pese a los análisis realizados, mucho me temo que nos ejecutarán.

— ¡No existe la pena de muerte en La Tierra, Jong! Ya oíste al abogado Warrens.

—Roberts insistió en que debía aplicársenos. Cree que somos un peligro para ellos.

— ¡Están ofuscados! ¡Hemos de tratar de convencerlos de lo contrario, Jong! Si nos matan, ¿qué será de Mike?

Esta patética pregunta quedó flotando en el aire de la celda, sin respuesta.

* * *

Una semana más tarde, el gran jurado, después de deliberar más de sesenta horas, emitió veredicto. Para tal ocasión, todos los componentes de la sala se habían puesto en pie, incluyendo a los acusados, entre los que faltaba una mujer que se encontraba en la enfermería de la prisión, dando a luz una niña.

— ¿Ha tomado una decisión el jurado? —preguntó el presidente del tribunal.

—Sí, señor —contestó el representante del jurado, seriamente y con voz tensa.

— ¿Podemos saber cuál es?

—Culpables y consideramos que deben ser ejecutados todos.

Se hizo un ominoso silencio. Tanto los procesados como los representantes de la ley sintieron sobre sí como un enorme peso aplastándoles. La ley se había pronunciado.

¡Muerte!

La primera en reaccionar fue Zhara, quien se levantó y gritó:

— ¿Qué hacéis? ¡No puedo creer que seáis seres humanos! ¡Es inadmisible!

—Silencio, por favor —rogó el presidente del tribunal—, ya no es posible alegato alguno. Este tribunal os condena a morir fusilados por radiaciones antes del plazo de veinticuatro horas.

— ¿Y mi hijo? ¿Qué será de él? —gritó Jong, poniéndose en pie, junto a Zhara.

—El estado de Nueva York se hará cargo de él. Nació en La Tierra —replicó el presidente—. Es tan legal como yo mismo, pese a la coloración de su piel. Recibirá enseñanza en nuestras escuelas y será como cualquiera de nuestros hijos. No puedo deciros nada más. La guardia se llevará a los condenados a sus celdas y extremarán la vigilancia con ellos.

Aquella tarde, Jack Ames logró una entrevista con Jong, en un locutorio especial, ante vigilancia. Los dos hombres se estrecharon las manos en silencio. Al fin, Ames musitó:

—Lo siento, Man. No he podido hacer más.

—No te preocupes, Jack. Me alegro que haya terminado todo, al fin. Ya duraba demasiado. Dime una cosa, ¿todavía crees que no somos extraños?

—Lo creeré mientras viva, Jong. Con vosotros se ha cometido un error jurídico y la historia demostrará algún día que teníais razón.

Jong esbozó una tenue sonrisa.

—Ya será tarde para nosotros, creo.

—No te preocupes de Mike. Le cuidaremos Laurie y yo. Y cuando sea grande sabrá su verdadero origen. Me han pedido también que me haga cargo de otra niña, recién nacida.

— ¿Y las otras?

—Lo siento. Sus hijos no han nacido aún.

Jong tembló, pensando si él era auténticamente humano y los que le habían juzgado no lo eran.

* * *

Les alinearon en cinco filas, en el amplio campo de ejercicio. Un batallón de tropas armadas vigilaban desde los muros. Ante ellos habían colocado un cañón desintegrante, capaz de abatirlos a todos de un solo disparo.

Detrás del arma se encontraban los jueces y los componentes de la defensa y la acusación. También estaba allí la representación de la prensa.

Y en el compacto grupo de condenados, abrazados, estaban Jong y Zhara, mirándose profundamente a los ojos.

—Van a matarnos, Jong.

—No temas, amor mío.

—Yo no creí que... pudiera ocurrir esto. De haberlo sabido... ¡Oh, mi pobre Mike!

—Laurie hará de él un hombre.

— ¡Me equivoqué, Jong! ¡Fui una estúpida! ¡Esa gente merecía que

Makko los hubiese convertido en robots!

—No te equivocaste. Ellos pueden estar convencidos de que librándose de nosotros se libran de una terrible amenaza. Y tienen razón... Ahora sé que no somos iguales a ellos.

—Nosotros somos mejores, Jong.

—Sí, amor mío. Estamos más civilizados. Obedecíamos a un jefe indiscutiblemente más capacitado que los jefes de La Tierra. Cometimos el error de creernos humanos y ahora lo pagamos.

—Soy humana, Jong. Amo, siento, pienso, creo, espero...

— ¡Cariño mío! —sonrió él, besándola—. Tú eres mujer. La verdadera esperanza está en el más allá, en una existencia que aún no hemos conocido...

— ¡Atención, carguen! —gritó una voz estentórea.

—… y que será de ventura para nosotros, que hemos cambiado nuestro destino por otro, por razones humanitarias.

— ¡Fuego!

—... ¡Te quiero, Zhara!

Ella se abrazó a él y así se fundieron ambos en el eterno lazo, al recibir la mortal descarga radioactiva que los desintegró instantáneamente.

Y la humanidad no habría de saber jamás si fueron hombres rojos... o diablos rojos... los que murieron aquel día, en Levenport, a mediados del año 2241, porque el planeta «Kodi-109» no fue descubierto jamás.

FIN

# Notes




**En el supuesto siglo XXII, cuando transcurre el argumento, las leyes norteamericanas representan haber sufrido una sustancial transformación que no debe ser comparada con las actuales. Todo es pura imaginación. (N. del A.)**